

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

NO PUEDO
CREERMELO

*Kellton
McIntire*



KELLTOM McINTIRE

NO PUEDO CREÉRMELO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.641

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO



SERVICIO SECRETO



**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BRAVO OESTE:
483 - La pista de los cien mil.
- En Colección PUNTO ROJO:
1.012 - El secreto del Palarnaja.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.631 - Tres cadenas perpetuas.
- En Colección BÚFALO SERIE. ROJA:
988 - Pasaporte al Más Allá.
- En Colección BÚFALO SERIE AZUL:
170 - Trampa en Apache Creek.
- En Colección COLORADO:
949 - Whisky caliente.
- En Colección KANSAS:
867 - El largo camino hasta Albuquerque.

ISBN 84 02-02513 7
Depósito legal: B. 35.889-1981
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: enero, 1982
© Kelltom McIntire - 1982

texto
© Desilo - 1982

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

A las cuatro, cuarenta de la tarde, sonó el teléfono en la residencia de *sir* Danton Malvory.

Eustace, el impecable mayordomo, fue a llevar el aviso a la biblioteca, donde *sir* Danton descabezaba una siesta al amor de la lumbre.

Malvory respingó sobre el sofá Chester, miró a Eustace, bostezó, desprecizó sus extremidades anteriores con una amplísima distensión, se sacó los puños de la camisa en los que lucían costosos brillantes y se hizo repetir el informe por su mayordomo.

—El teléfono es para usted, señor. Conferencia de larga distancia. Le llaman desde Ciudad de El Cabo —repitió el eficaz Eustace.

Dejó el aparato sobre la preciosa mesita de ébano y se marchó.

—Residencia Malvory —pronunció el dueño de la casa con cautela en cuanto se supo a solas.

—Saludos —pronunció su lejano interlocutor en español—. La granja va estupendamente. Sólo que... las gallinas rompen demasiados huevos en sus ponederos. Según se ha comprobado, el cruce con los gallos italianos no ha dado resultado. Un veinte por ciento del negocio irá a pérdidas y ganancias. Una verdadera pena, señor. ¡Teníamos tanta confianza en esos sementales italianos...!

Sir Danton colgó inmediatamente el teléfono e hizo sonar la campanita de plata que había sobre la bandeja —también de plata bruñida—, depositada minutos antes por su mayordomo.

Eustace apareció inmediatamente.

—Señor...

—Mi coche enseguida. Eustace. Llame a Heathrow y reserve un pasaje a Ciudad de El Cabo en primera clase —pidió Malvory con voz impersonal.

—Al punto, señor —respondió el mayordomo. Y se inclinó

levemente ante *sir* Danton antes de girar ágilmente sobre sus talones y abandonar el cálido ambiente de la estancia.

Mientras Malvory se dirigía apresuradamente a sus habitaciones privadas para cambiarse de traje y pedir a son premier valet que preparase una maleta. Eustace hablaba por el teléfono de servicio.

—Han fallado los sementales italianos —dijo en cuanto una voz le previno que la comunicación acababa de establecerse—. A pesar de lo cual, la granja funcionaba estupendamente. Desgraciadamente, hay pérdidas por valor de un veinte por ciento, ¡qué se le va a hacer, bussines are bussines! Tendremos que evitar que las gallinas rompan tantos huevos y... ¡Ah! hemos perdido la confianza en los gallos italianos, no lo olvide.

Colgó inmediatamente, tomó un paraguas del perchero del vestíbulo y esperó pacientemente junto a las tres armaduras medievales que montaban guardia junto a la entrada de la mansión Malvory.

Sir Danton apareció dos minutos después en la escalinata de mármol, seguido de son premier valet de chambre, un atildado joven de veintiséis años llamado Giorgio.

Impasible, Malvory descendía los peldaños cuando resbaló y estuvo a punto de romperse la crisma contra las duras y agudas aristas de preciosa piedra rosada. Accidente que evitó eficazmente el mayordomo dando una rápida zancada y sosteniendo a su señor cuando se avecinaba la costalada.

«Los años no pasan en balde», pensó filosóficamente Eustace, al tiempo que dirigía una altiva mirada a Giorgio, el cual elevó igualmente la barbilla con soberbia y retrocedió escalera arriba.

Luego Eustace alivió el brazo a su amo —si no le hubiera abrazado, *sir* Danton hubiera dado de narices contra la armadura de lord Clinton Margravey—, le sostuvo diligentemente por un brazo y le acompañó al exterior.

Llovía. Eustace jamás se equivocaba en cuanto a esto.

Canimaron unos pasos bajo el pórtico, de airosas columnas dóricas. El «Rolls» de *sir* Danton aguardaba al final de los siete peldaños de mármol blanco con las luces encendidas.

Eustace abría ya la portezuela, cuando *sir* Danton Malvory se detuvo un momento y se volvió a mirar a su mayordomo.

No le miró de frente, pues la lluvia racheada mojaba su rostro,

pero Eustace vio el brillo mortecino de los ojos de su señor.

—Una cosa. Eustace...

—¿Señor?

—¿Cuántos años llevas en Malvory Mansión? —preguntó el noble.

—Cinco, *sir* Danton.

—No sé por qué, creí que eran más —carraspeó, pues el frío afectaba inmediatamente a su delicada garganta—. Dime. Eustace, ¿qué opinión te merezco?

El mayordomo vacilo Superaba en veinte centímetros la estatura de *sir* Danton y le llevaba como unos quince kilos de peso —a pesar de que Malvory era gordito—, pero Eustace se mostró indeciso en aquel momento.

—Señor, no tengo quejas, he obtenido en Malvory Mansión muchas cosas. Un empleo estable, un trato digno, un salario justo... Humildemente puedo decir que no puedo quejarme. Me siento satisfecho, señor.

Malvory giró el cuello y le miró. Aunque Eustace le protegía con el amplio paraguas de seda negra, una ráfaga humedeció el rostro y el sombrero hongo de *sir* Danton.

—Eres mucho más inteligente de lo que suponía. Eustace. Quizá debí confiar en ti mucho más de lo que lo hice... Sí, necesitaba una persona como tú, en quién descansar. Pero ahora ya es... Bien. Eustace, he dado órdenes a mi administrador para que te entregue una cantidad suficiente de dinero... Quizá no demasiado, pero sí una pequeña muestra de mi agradecimiento a tus leales servicios.

—Señor, no sé si merezco... Y además, no comprendo por qué... —murmuró atropelladamente el mayordomo.

Pero Malvory empujó la portezuela de su automóvil y se dejó caer materialmente sobre el mullido asiento.

Según pudo observar Eustace, *sir* Danton tenía la faz terrosa y descolorida.

Quizá fue esto lo que le obligó a sujetar la puerta antes de que el automóvil se pusiera en movimiento.

—*Sir* Danton —dijo con todo el corazón—, ¿puedo hacer algo por usted?

Malvory plegó los labios, apretó las mandíbulas, pero... miró a su mayordomo y vio en su franco rostro tanta dedicación y

sinceridad que no pudo evitar aquellas cortas y rápidas frases:

—Of course, Eustace, only a *thing*: Caroline. Te lo ruego... ¡protégela!

Sus facciones se tornaron tan herméticas como siempre, alzó su mano izquierda y Doleman, el chófer, arrancó y el automóvil se alejó rápido a lo largo de la avenida que terminaba en la cancela de hierro artísticamente forjado.

Eustace permaneció unos momentos bajo el paraguas. Justamente el tiempo preciso para ver cómo el «Rolls» llegaba a la cancela —que se abrió automáticamente—, abandonaba Malvory Mansión y se perdía de vista.

Abstraído, el gigantesco Eustace continuó al pie de la escalinata del pórtico dórico de Malvory Mansión hasta que las macizas cancelas volvieron a cerrarse.

Entonces ascendió lentamente los costosos peldaños de mármol, imbuido de una rata sensación de tristeza.

—¡Lástima! —murmuró cuando empujaba la cristalera de la puerta principal.

Volvió a murmurar algo entre dientes cuando cruzó el soberbio vestíbulo. Pero enseguida se dirigió al office, desierto. Lo primero que hizo fue descolgar el teléfono y marcar un número con movimientos precisos e inalterables.

—Halloway —dijo una voz al otro lado.

—Alea jacta est —pronunció el mayordomo. Y añadió, solemne —: Lástima, había tomado cariño al viejo. No sé comprender a esta gente. El dinero es su ídolo. Destrozan una vida plena y llena de compensaciones por un puñado de libras esterlinas. Quiero decir: millones de libras esterlinas.

—¡Tace! —Vibró la voz de su interlocutor en el auricular—. ¿Es que se ha vuelto loco? ¿A qué se debe ese fúnebre responso?

Eustace se irguió, rígido. Cuadró sus anchos hombros y puntualizó:

—Eustace Hughes, señor. Soy el mayordomo de su excelencia, *sir* Danton Malvory, duque de...

—¿Ha bebido? —inquirió, nerviosa, la voz al otro lado.

Eustace sonrió.

De un tirón abrió la puerta del mueble que tenía ante sí y seleccionó una botella de viejísimo *brandy* español de 1940.

—No, señor Halloway, pero pienso hacerlo inmediatamente —respondió, mientras sostenía el auricular sobre la oreja con la presión de la cabeza—. Creo que la ocasión lo merece. El viejo se ha hecho el harakiri.

—¡Eustace!

—Yo apreciaba sinceramente a Danton Malvory, señor Halloway. Era una excelente persona, aunque equivocada. Todo un caballero, lo juro...

El mayordomo descorchó diestramente aquella botella. Era consciente de que incluso el premier británico hubiera envidiado tal placer.

Dejó el teléfono sobre la larga mesa de servicio —preciosa madera de teka—, y se separó unos pasos. Pocos, los suficientes para elegir una copa napoleón de una estantería cercana.

Oía el agudo murmullo que producía el micrófono del teléfono, pero no le dio excesiva importancia.

—Cinco años al servicio de *sir* Danton Malvory —pensó, orgulloso—. ¡Yo! Un simple rascalanas. ¡Es maravilloso!

No había probado una gota de alcohol en las últimas —y tensas—, setenta y dos horas, pero ahora nadie iba a privarle de aquel placer.

—¡Tace, Tace, Tace! —gritaba la voz chillona del teléfono.

Sólo tomó el aparato cuando se hubo servido una dosis razonable del viejo *brandy* español en aquella preciosa copa decorada en oro con las armas de la familia Malvory.

Probó un sorbo, entornando los ojos. Paladeó el finísimo —en apariencia, suave—, néctar de su copa y se aprestó a atender el teléfono.

—¿Sí, señor Halloway?

La voz tremante lanzaba improperios, palabrotas, vocablos excesivamente duros y ásperos para los oídos del mayordomo. Separó un momento el auricular de su oído y sólo lo acercó a su oreja cuando comprendió que la medida sonora en decibelios había descendido considerablemente.

—Estoy aquí, señor Halloway —dijo, mientras agitaba levemente el licor en su copa, de modo que los efluvios del *brandy* llegasen en oleadas a su nariz, un tanto aguileña, aun que correcta en dimensiones.

—Tace, Tace, ¿qué es lo que ocurre en realidad? —tronó la voz en su oído. El jadeo que Eustace podía percibir cedió un poco como si el otro estuviera conteniendo la respiración—. Tace, me ha dicho que el viejo se ha hecho el harakiri. ¿Es eso cierto?

Eustace sofocó un eructo.

—Cierto, señor Halloway. C'est la vie. Pero ¿no recibió mi mensaje anterior? —se alarmó de repente—. ¿Sí? Bien, entonces ya lo saben todo.

—Pero Tace... Es decir, Eustace: tengo a ochenta hombres en este asunto. Y usted... ¡Usted parece tomárselo a broma!

—De ningún modo, señor. Pero no me sienta bien perder al hombre que me ha tratado como a un ser humano durante cinco años, ¡cinco años, señor Halloway! Mil ochocientos días. Contando un año bisiestro, naturalmente. Mi jefe jamás me riñó. Ni me gritó, ¿comprende?

—Tace, se acordará de esto. ¿Qué ha sucedido? —La urgencia hacía vibrar la voz de su interlocutor.

—Heathrow, vuelo 887 desuno Ciudad de El Cabo, partida diecinueve horas. Son las dieciocho cincuenta y dos. ¿Hay alguien allí?

—¡Naturalmente! Tace, usted ha fumado hachís. O está borracho como una cuba. O se ha pinchado una dosis de ácido O...

—Señor. Soy Eustace Hughes, mayordomo de Malvory Mansión. Si sigue importunándome, voy a llamar a la policía.

El hilo telefónico transmitió velozmente un sonoro taco. Tan fuerte que el mayordomo de *sir* Danton Malvory apartó el teléfono de su oído, frunció los labios y... aproximó la copa de oloroso *brandy* a su boca, probó un sorbo y cerró los ojos, extasiado.

—Hmmm... Merveilleux, simplement merveilleux! —murmuró complacido.

Antes de que su interlocutor estallara nuevamente en exabruptos. Eustace dijo con voz enérgica y sorprendentemente clara:

—Todo estaba previsto, señor Halloway. El viejo no quería vivir ya. Y yo respeto su decisión, aunque lo sienta. Comunique con Heahtraw inmediatamente. De todas formas, no creo que logre nada. Son las diecinueve cincuenta y ocho. *Sir* Danton habrá subido ya al *jet* de la South African y Australian Lines.

—Voy a comprobarlo, Tace. ¡Pero quédese ahí! Volveré a comunicar con usted —advirtió Halloway, áspero y tenso—. Si se está burlando de mí, tendrá muchos años de su vida para arrepentirse.

El mayordomo de *sir* Danton Malvory alzó solemnemente su copa, bebió un corto sorbo, lo paladeó satisfecho y pronunció enérgicamente:

—God save the Queen!

CAPÍTULO II

El doctor Silvester Maurin utilizaba diestramente el bisturí. Practicó una sección larga y precisa desde el esternón hasta el pubis y su ayudante, el hierático doctor Pulver —un médico muy joven y triste—, sujetó los bordes de la incisión y sacó con un movimiento el paquete gastrointestinal.

Maurin, el forense, volvió a cortar.

Y sus dedos enguantados extrajeron los tres gruesos diamantes.

—Voici les jolies pierres! —exclamó, satisfecho. Y dejó caer las tres gemas en una bandeja de metal esmaltado.

Maurin y Pulver continuaron su trabajo durante quince minutos. Pero nada más encontraron en aquel bello cuerpo de mujer joven, cuya vida habían interrumpido con salvaje brusquedad las ruedas de una locomotora eléctrica y los raíles del ferrocarril.

—Quédese aquí, Aldous —ordenó con voz severa a su ayudante—. Voy a telefonar al coronel.

Y caminó con las gemas en la mano, derecha hacia los lavabos, murmurando entre dientes:

—¡Ah, la joven y misteriosa África...!

En el office. Eustace iba ya por la tercera copa.

En su fuero interno, el mayordomo hubiera deseado sinceramente compartir aquella preciosa botella de viejísimo *brandy* español con alguna otra persona. Pero...

Curiosamente, *mistress* Morse, Ross, el caballerizo, e incluso las doncellas tenían aquel día —jueves—, absolutamente free, es decir, gozaban de su día libre.

Tras las recientes emociones, Eustace se sentía un poco triste y acongojado —sincerelly, sir—, pero no era ciertamente un hombre dado a la melancolía por sistema, de modo que, cuando vio su tercera copa vacía, se sirvió la cuarta.

Aún no había comprobado si seguía gozando de un finísimo paladar, cuando volvió a sonar el teléfono.

—Residencia de *sir* Danton Malvory —pronunció, todavía con voz clara—. Dígame.

—¡Tace! ¡Era cierto! —bramó la conocida voz del señor Halloway.

—¿Cómo?

—Su aviso se ha visto confirmado plenamente. Lo que no comprendo es su... ¿cómo le llaman los jóvenes gamberros? Su rollo. Tace. ¿Por qué se enrolló conmigo? Dígame.

—No he logrado entender una palabra, señor —pronunció Eustace al tiempo que tabaleaba sus dedos sobre el micro para fingir una interferencia—. ¿Quién llama?

—¡Decía...! —Halloway se desesperaba—. Bien: son las diecinueve cuarenta y cinco. Tace. ¿Cuánto tiempo cree que ha transcurrido desde que partió el avión de *sir* Danton Malvory?

Naturalmente, Eustace entendió inmediatamente que Halloway estaba tratando de probar su estado de sensatez. Y decidió seguirle el juego.

Con voz de bajo profundo, respondió:

—Empiezo a oírle bien, señor. Es, sin duda, el señor Halloway, ¿verdad?

Al otro lado del hilo, Halloway estaba a punto de sufrir un infarto de miocardio.

—Le conozco, Tace, ¡le conozco muy bien! Y sé que está burlándose de mí. ¡Le aseguro que se arrepentirá! —rugió.

—¡Chis! No eleve la voz, señor. Creo que llega el ama de llaves, la entrometida señora Morse. Hable en voz baja, yo procuraré disimular. ¡Qué hay, Huck! Fueron bien las carreras, ¿eh?

—¡Váyase al diablo. Tace! Le hablaba de...

—Le he oído perfectamente, señor. Si mi reloj va bien, hace cuarenta y ocho minutos que el avión de *sir* Danton partió hacia el sur.

—¡Muy bien! —Mordió las palabras Halloway—. Ya le he dicho que usted tenía razón, pero no voy a regalarle el oído. El Boeing-749 de la SAAL ha estallado a ochenta millas de las Azores. Hay buques de la Armada portuguesa buscando los restos. Pero... es de noche, ¿comprende? Ya puede despedirse de su querido *sir*

Danton. Y otra cosa. Tace: también de nosotros. Considérese despedido.

—¿Habla en serio, señor?

Eustace había fruncido el ceño.

—¿He oído bien, señor? —repitió, al no escuchar la voz de Halloway en el auricular.

—Perfectamente, Tace. Ha cometido errores de bulto y nuestra empresa no perdona. Naturalmente, tendrá derecho a mil libras por despido. El contrato ha terminado. God save the Queen! —rugió Halloway.

Y colgó.

Eustace se quedó de piedra.

Luego elevó la copa y se la llevó pausadamente a los labios.

—Dios salve a la Reina —murmuró—. Pero que también me salve a mí.

Puso la copa vacía en el fregadero, guardó la botella en el armario y se trasladó al ropero de servicio.

Sin prisa, pero sin perder el tiempo, cambió sus ropas de mayordomo por un correcto traje gris de excelente corte. Se anudó la corbata al cuello, pero prescindió del sombrero. En cambio, seleccionó del ropero un liviano maletín de escaso grosor.

—So Majesté Emeifive me ha despedido —pronunció con cierta gravedad, elevando el fino mentón—. Busquemos un amo menos voluble.

No había servicio en Malvory Mansión. A Tace Hughes le pesaba dejar vacía la soberbia residencia, pero ¿qué podía hacer?

En sus cálculos no entraba cargar la furgoneta «Bentley» con dos toneladas de plata en vajilla y candelabros, de modo que...

Se contempló un momento en el gran espejo del pasillo.

—Parezco un caballero —murmuró, satisfecho.

Rió y añadió, burlón:

—Afortunadamente no lo soy.

Tomó del perchero el mismo paraguas con el que había protegido de la lluvia —no muy eficazmente—, a *sir* Danton Malvory y atravesó el pasillo.

En ese momento, cuando se dirigía hacia el fastuoso *hall* flanqueado por las armaduras de los lores medievales, escuchó un chirrido insistente y zumbante que hirió sus oídos.

Volvió apresuradamente sobre sus pasos y penetró en el office, donde pulsó un mando del circuito cerrado de televisión y consultó el monitor.

La imagen era muy defectuosa, pero la voz que sonaba en el altavoz era aún más deficiente:

—¡Mald... Malditos lacayos! ¿Cuándo... vais a comprender que *lady* Caroline no está dispuesta...? ¿o compuesta? ¿Repuesta? ¡No importa! ¡Abrid la cancela, vasallos!

Tace parpadeó.

Caroline.

La preciosa muchacha a la que había deseado fervientemente durante cinco largos años, aguardaba en la cancela principal.

Borracha, para llamar a las cosas por su nombre.

Tace se chupó golosamente su carnoso labio inferior.

Estaba solo en la magnífica Malvory Mansión. Caroline, la bellísima y atractiva sobrina de *sir* Danton, llegaba sumamente achispada.

—¿Por qué no te sacas la espina? —se preguntó a sí mismo.

La idea le tentaba.

Además, podía escuchar la voz dulzona de Caroline a través del altavoz. Estaba canturreando algo con bastante acierto:

—Yesterday! La-ra-la, ra-la-ra-la-lá,
la-ralá...

Pulsó un botón del cuadro con decisión y guardó su maletín en el ropero. Entretanto, buscó una botella de champán francés y ordenó unas orquídeas sobre un florero de porcelana azul.

Rápidamente, Eustace corrió hacia el vestíbulo.

Veía ya la silueta esbelta y sugerente de Caroline, sus ojos dorados, los cabellos castaños, los labios húmedos y carnosos, el cuello largo y turgente, las...

Abrió la puerta y salió al pórtico.

Algo que avanzaba por la avenida flanqueada por setos bien recortados y largos cipreses, arrojó surtidores de agua sucia a los jardines.

Algo, pero ¿qué?

Un automóvil, aun cuando hubiera que forzar la imaginación para reconocer al fangoso vehículo, cuyo capot desaparecía bajo unos ramajes que destilaban lodo bajo la lluvia.

El «Aston Martin» de Caroline se detuvo finalmente con un frenazo espantoso cuando ya Eustace temía que la joven hubiera decidido llegar a Malvory Mansión a través de los peldaños del pórtico.

—De todas formas... —murmuró.

Y se apresuró a descender, paraguas en mano, al pie de la escalinata.

—Yesterday! —canturreaba Caroline estropajosamente.

Tace llegó junto al coche y se detuvo un momento, pasmado, al ver que la muchacha había arrancado un avellano con el paragolpes, el capot del carísimo coche estaba completamente abollado y los faros sólo eran fragmentos de vidrio regados sobre el techo de vinilo.

Al abrir la portezuela, se encendió la luz interior y vio a Caroline, que se llevaba a los labios una petaquita de ginebra seca.

—Yesterday...

La-ralá,

la-ra-la-ralá...

Dentro del coche olía a vómitos y a alcohol.

«San Patricio la ha guiado», pensó Tace, pues la joven apenas podía mantener el busto enhiesto.

Ella le miró con los ojos turbios y no debió reconocerle, porque balbuceó:

—¡Valentino. Rodolfo Valentino en personne! —con lo cual demostraba sus nulos conocimientos del idioma francés.

El frenético deseo que embargaba a Tace se convirtió en una mueca de asco.

Los asientos, el volante, la bandeja, el cambio de marchas, incluso el cristal parabrisas... todo ello estaba manchado de vómitos que exhalaban un hedor intensamente agrio. Tace rechinó los dientes de pura rabia.

—¡Para una vez que tenía la maldita oportunidad...! —rugió.

Inclinó la cabeza, introdujo la parte superior de su alta humanidad dentro del coche y se inclinó sobre la joven.

—¡Lady Caroline! —pronunció con voz enérgica.

Ella arrojó la petaquita de ginebra por la abierta ventanilla de la izquierda, se volvió hacia él y le besó.

Fue un beso largo, intenso y... placentero.

—¡Diablos! —Gruñó para sí el mayordomo, separándose de la mujer con un sabor dulzón a ginebra en los labios.

Caroline se tambaleó y murmuró:

—¡Ah! Valentino, tendrás que perdonarme, pero Rolf Vaughan se mareó al regreso de Brighton y puso hecho un asquito mi coche. No tiene el estómago muy firme, ¿comprendes? ¿Te importaría llevarlo al lavado automático, Valentino? Probablemente, lo necesitaré mañana. Tío Danton quiere que le lleve a...

Tace la tomó bruscamente por los hombros y la miró fijamente.

—Caroline, *sir* Danton ha muerto. Su avión estalló esta noche poco más allá de las islas Azores —pronunció con dureza.

La mirada de ella se tornó bruscamente atenta. La turbiedad de los ojos dorados se había evaporado en unos segundos.

—¿Es... es cierto? —preguntó, trémula.

Y Tace dijo:

—Sí. Jamás mentiría en una ocasión semejante.

Entonces Caroline se dejó caer de bruces sobre el pecho del hombre y prorrumpió en un gemido tan conmovedor que el imperturbable Tace se sintió turbado.

CAPÍTULO III

George «Ogro» Williams llegó a su despacho a las diez en punto de la mañana.

Precedido por la sagaz pero desagradable Mildred O'Corny, su secretaria, rodeó el bureau y ocupó su confortable sillón giratorio.

Mientras *miss* O'Corny le servía la primera taza de té de la mañana, el jefe del departamento estudió con interés los documentos depositados sobre una bandeja al alcance de su mano.

Ojeó el informe mecanografiado, leyó algunos despachos y telegramas, tras lo cual enarcó una de sus peludas cejas y miró a Mildred.

—¿Halloway? —murmuró.

—Debe estar en su despacho. Estaba ya allí cuando yo llegué esta mañana, a las nueve.

—¡Hágale venir! —bramó «Ogro» Williams. Y se llevó la taza de café a los labios con mano temblorosa.

Dos minutos después, Gordon Halloway penetraba en el despacho. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de espaldas cargadas, vientre prominente y largos brazos. Vestía siempre una gabardina gris bien planchada pero evidentemente ajada por el largo uso.

—Siéntate —ordenó su jefe sin mirarle. Y Halloway obedeció, no sin antes recoger los faldones de su gabardina.

Durante unos minutos, «Ogro» Williams ronroneó entre sorbo y sorbo de té. Finalmente alzó sus inquietos ojillos y clavó la mirada en Halloway.

—Así que has despedido a Tace —observó con voz suave.

—Así es —asintió Halloway, incómodo—. Como habrás comprobado por el informe, *sir* Danton Malvory ha muerto, de modo que...

—Eres un perfecto imbécil, Gordon —apreció Williams, sin alzar

la voz—. ¿Cómo has sido tan estúpido? Me refiero al despido de Tace Hughes.

—George, tú sabes que Tace es un individuo despreciable...

—¿Porque te gana en inteligencia o porque se burlaba frecuentemente de ti? —inquirió su interlocutor, espiando la expresión de Holloway.

—¡No podía soportarlo, eso es cierto! —estalló éste, incapaz de disimular su malhumor—. Es un hombre prepotente, presumido y soberbio. Y un indisciplinado, además. Desde que logramos introducirle en Malvory Mansión, Tace creyó que podía hacer lo que le viniera en gana, informaba a su capricho y se permitía iniciativas que ni yo mismo me atrevía a tomar. Como, además, Malvory acababa de desaparecer, yo juzgué que lo adecuado era despedirle.

«Ogro» Williams terminó su taza de té y su secretaria se apresuró a llenársela de nuevo, para lo cual se desplazó hasta el bureau con una corta y grotesca carrerita. La mujer esperó allí un momento por si tenía que ofrecer una taza de té a Holloway, pero míster Williams no parecía dispuesto a invitar a su intranquilo subordinado.

—Has cometido un error tremendo, Gordon —advirtió el «Ogro» con voz tremante, aunque cortésmente contenida aún.

Holloway parpadeó, nervioso.

—No acierto a comprender dónde está mi error —se atrevió a pronunciar—. Muerto Malvory, no necesitábamos a ese sujeto para nada. Por otra parte. Hughes no estaba informado de nuestros verdaderos propósitos, de modo que...

Williams contempló a Holloway con una mezcla de lástima y desprecio.

—¿Qué crees tú que sabe Tace? —preguntó.

—Poca cosa. Que *sir* Danton Malvory estaba complicado en un *affaire* de contrabando de diamantes. Y nada más.

—¿Eso crees, Gordon? ¡Eres un iluso! Tace no es idiota. Por el contrario: fue el mejor agente que tuvimos... hasta que surgió aquel escándalo en Roma y tuvimos que despedirlo. Siempre lo lamenté, te lo confieso. Tace Hughes vale más que tú, más que yo, mucho más que ninguno de nosotros.

Sí, fue una lástima tener que prescindir de él. Por desgracia,

Tace no tomaba en serio su trabajo, era un tanto irregular y desidioso...

—Es lo que yo pienso. No se puede tener confianza en un individuo como éste. Por eso lo despedí —comentó Halloway, respirando profundamente, imaginando que, finalmente, «Ogro» Williams venía a reconocer sus razones.

—¡¡Cállate!! —bramó Williams, tan súbitamente que Halloway respingó sobre su asiento—. Sigo creyendo que has cometido un error imperdonable. Pues si hay algo que Tace no olvide es ser tratado con altivez y brusquedad.

Entornó los ojos y dejó la taza sobre la bandeja. Dominaba a duras penas su enojo, cuando volvió a clavar sus perspicaces ojillos grises en su interlocutor.

—Gordon, tienes que buscar a Tace —pronunció con voz clara y contenida.

—¡Pero, George, eso es imposible! No voy a descender a...

—Busca a Tace, discúlpate con él y convéncele de que debe continuar trabajando para nosotros —insistió Williams con tono frío y decidido—. Ojalá no sea ya demasiado tarde.

Gordon Halloway se puso lentamente en pie.

Hacía muchos años que conocía al jefe de su departamento. Demasiados para no saber que George «Ogro» Williams se sentía preocupado y —lo que era peor—, colérico.

—¿Qué esperas obtener de Hughes? —insistió Halloway, temerariamente—. Ese tipo no sabe lo que significa la palabra lealtad.

Williams le devolvió una mirada fría como el hielo.

—¿Qué sabes tú acerca de Tace? Sólo lo que me has oído contar a mí. Pues escucha bien esto, querido Gordon: quizá tengas razón. Tace se vuelve bronco, violento, salvaje y egoísta cuando se le trata con desconsideración. Se le puede decir amablemente: «Ha terminado el caso, luego no te necesitamos por el momento». Pero te conozco bien, Gordon, y sé que tú eres incapaz de disimular tus sentimientos. ¿Sabes lo que has conseguido? —«Ogro» Williams escrutaba a Halloway sin parpadear—. Has conseguido ofenderle. Tace dará por terminada toda relación con nosotros y se pondrá a trabajar por su cuenta.

—No se morirá de hambre. Ahora conoce el oficio de

mayordomo —pronunció Halloway, irónico, iba a hacer algún otro comentario, pero la dura e incisiva mirada de Williams le obligó a comerse las palabras.

—Tace es leal con el que le paga y mientras le pagan —puntualizó el «Ogro»—. Pero se vuelve hostil y despegado cuando se siente menospreciado. Sí, como supongo, está al tanto del asunto, puede muy bien caer en la tentación de vender sus secretos a otros, Gordon.

Halloway se mordió los labios, preocupado.

—¿Crees que sería capaz de...? —murmuró.

Williams asintió lentamente con la cabeza.

—Ya te dije que le conozco a fondo. Sé de sus virtudes tanto como de sus defectos. Y ahora reflexiona, Gordon. Lo que pueda ocurrir es responsabilidad tuya —especificó—. En primer lugar, busca a Tace, dale una satisfacción y tráemelo aquí.

Halloway se agitó, nervioso.

—¿Y si no lo encuentro? —planteó.

—Lo más razonable por tu parte, sería presentar tu dimisión —respondió «Ogro» Williams, inmisericorde.

Halloway se mordió el labio inferior.

—Supongamos que lo encuentro, pero no soy capaz de convencerlo de que debe volver con nosotros. ¿Qué debo hacer entonces con Tace Hughes? —insistió.

Williams seleccionó un cigarrillo del estuche de cuero que había sobre la mesa y se lo puso en los labios.

Sin alzar la mirada en ese momento, pronunció:

—En ese caso, mátalos.

Se trataba de un verdadero cuchitril.

Un cuartito de tres metros por tres con las paredes mugrientas y llenas de manchas de todos los tamaños y colores. El papel, viejo, húmedo y roto, colgaba en jirones. De lo alto del techo pendía una bombilla sin pantalla. El cordón estaba negro de polvo y telarañas. Junto a la cama, había un viejo lavabo portátil y una toalla pringosa. Al otro lado se veía una puertecita que debía comunicar con el retrete, a juzgar por la pestilencia que surgía de allí.

Por lo demás, sólo había una silla vieja y renqueante, de tapizado roto y remendado. El suelo estaba lleno de colillas y en un rincón se veían un montón de viejos periódicos y revistas. A la

derecha, una ventana a través de la cual se veían los chorreantes tejados. Esto era todo.

Caroline Malvory se sentía asqueada. Por eso sus ojos llamearon, rabiosos, al mirar al hombre que ojeaba una de las viejas revistas, sentado en el borde de la cama.

—Esto no va a quedar así, Eustace. Le denunciaré a la policía por secuestro y violación —amenazó ella de improviso.

El hombre rió entre dientes.

—¿Violación? —se burló—. Tal vez debí dormir contigo, Caroline. Pero no me gusta aprovecharme de una mujer... cuando está borracha.

Caroline pareció íntimamente sorprendida.

—Así, pues, ¿no llegaste a...? —murmuró, entre chasqueada y furiosa.

Tace volvió a reír.

—Sólo te besé en la frente, poco después de que te quedases dormida —afirmó.

Ella se volvió bruscamente hacia la ventana.

—De todas formas, te denunciaré. Sigo teniendo un cargo contra ti: secuestro.

El hombre alzó un momento la mirada de la revista.

—¿Secuestro? —Una ceja se enarcaba en el atractivo rostro viril—. Nadie te sujeta aquí: puedes marcharte cuando quieras.

—¡Pero me detuviste hace unos minutos, me trajiste a esta zahúrda en contra de mi voluntad! —protestó la joven pelirroja ardientemente—. ¿No se llama a eso secuestro? Tace no perdió la paciencia.

—Te traje aquí para protegerte, pues *sir* Danton me pidió que lo hiciera. Y si te frené hace un momento, sólo fue para darte tiempo a recapacitar —explicó.

Caroline agitó la cabeza con rebeldía.

—No necesito que nadie cuide de mí. Acabo de cumplir dieciocho años, tengo capacidad para...

Tace llamó su atención suavemente.

—¿Has olvidado que ya no puedes contar con tu tío, que él ha muerto? —susurró.

Súbitamente, la angustia estalló en el pecho de la muchacha.

—¡Dios mío, qué va a ser de mí ahora! —sollozó—. ¡Pobre tío

Danton!

Por unos minutos se debatió en la angustia, agitada por fuertes sollozos. Al cabo, sin embargo, sus gemidos fueron decreciendo hasta que se acallaron completamente.

Rápidamente comenzó a recoger sus cosas y se dispuso a salir. Tace, que la había estado observando impasible hasta el último momento, saltó hacia ella y la atenazó por un brazo, deteniéndola antes de que pudiera abrir la puerta.

—¡Un momento, Caroline! Quiero que sepas una cosa: tú corres tanto peligro como yo...

—¡Que yo corro peligro...! —Ella intentaba zafarse, aunque no con demasiada decisión—. Lo único que pretendes es...

—No seas niña. Hablo en serio. Escucha: no quería utilizar el teléfono, pero ya que te muestras tan cerril...

—¿Cerril? ¿Yo? ¡Oh, oh, oh! —clamó ella, ofendida.

Tace abrió bruscamente la puerta, agarró a Caroline por un brazo y la sacó al pasillo. Se detuvo ante el teléfono colgado en la húmeda pared y le tendió el auricular.

—¡Toma! —gritó—. Phonea a Malvory Mansión y habla con la señora Morse. Pregúntale si ha ocurrido algo desagradable.

Desconcertada, la joven tomó el aparato y comenzó a marcar, mientras Tace volvía al cuchitril y se introducía en él, tras lo cual cerró con un portazo.

Minutos más tarde, llamaron a la puerta.

Era Caroline Malvory, pálida, descolorida, desencajada.

—Fue de madrugada —murmuró—. Llegaron seis hombres, que se abrieron paso por la fuerza. La señora Morse sufre un ataque de nervios y fue Rose quien habló conmigo. Esos hombres me buscaban a mí. Llevaban metralletas y revólveres y... cortaron una oreja a Giorgio para obligarle a darles cuenta de mi paradero.

Sin fuerzas para sostenerse en pie, Caroline se dejó caer sobre el lecho, al lado de Hughes, que la miró, pasó un brazo sobre los delicados hombros femeninos y susurro:

—¿Comprendes ahora por qué te traje aquí?

Caroline asintió mudamente.

CAPÍTULO IV

—¿Vamos a marcharnos de aquí? —preguntó ella al ver que el gigantesco Hughes se ponía en pie y recogía el impermeable del lecho.

—Sí. Dadas las circunstancias, no me fío de mi propia sombra. Ponte tu gabardina. Está lloviendo —dice Tace.

Abandonaron el cuchitril y descendieron despacio los crujientes peldaños de podrida madera.

En el estrecho portal impregnado de olor a orines de ratas, Tace detuvo a la joven y atisbo un momento hacia la calle.

Salieron enseguida y se mezclaron apresuradamente con los viandantes que caminaban por las aceras de uno y otro sentido.

Tace avanzaba con tan largas zancadas que, finalmente, Caroline no vio otra solución que aferrar el brazo del hombre.

Sin proponérselo, palpó un antebrazo duro y musculoso y se sintió bien protegida por el enigmático Tace Hughes.

—Tace.

—¿Qué?

—No acierto a comprender por qué irrumpieron esos salvajes en Malvory Mansión, por qué cortaron una oreja al pobre Giorgio, por qué pretendían raptarme, según lo que he deducido de las palabras de Rose —susurró.

El hombre tardó en contestar. Demostraba gran interés por alejarse rápidamente de la zona portuaria de la que procedían.

—¿Me has oído. Tace? —insistió ella.

—Sí. Debe tratarse de algo relacionado con las actividades de *sir* Danton, tu tío —respondió él, con cautela.

Inmediatamente, notó que los finos dedos de la muchacha apretaban su brazo.

—¿Actividades? Has pronunciado esa palabra como si mi tío se dedicase a sucias actividades delictivas —pronunció ella, con

reproche.

Tace se detuvo un momento y la miró.

—¿No estabas tú al tanto de sus... digamos «negocios»? —preguntó, incrédulo.

—No. Nunca me interesé por algo tan farragoso como los negocios. Sé que mi tío era rico, que poseía intereses en la minería, en Sudáfrica, pero...

—Es posible que te sientas herida, Caroline, pero lo mejor es que lo sepas cuanto antes: *sir* Danton estaba arruinado. Al menos, tendrás una idea acerca de sus aficiones, ¿no? Sabes que sentía verdadero vicio por los juegos de azar, ¿verdad? —Al ver que la muchacha asentía, trémula, añadió—. Pues bien: el juego suele gastar malas pasadas. Poseía una sólida fortuna, sí. Al menos hace seis o siete años. Pero fue vendiéndolo todo para pagar sus deudas y acabó sin un penique en el bolsillo.

Continuó adelante a largos pasos, arrastrando a la joven; en su poderoso caminar, hasta que ella le retuvo con fuerza.

—Pero Tace, ¡eso es imposible! ¿Cómo podía estar arruinado si manejaba grandes cantidades de dinero y satisfacía hasta el menor capricho mío? —exclamó Caroline.

Tace dirigió ávidas miradas a su alrededor y finalmente empujó a la joven hacia la puerta de uno de los *pubs* que abundaban en aquella zona.

—Ven, entremos ahí —dijo en voz baja—. Hay ciertas cosas que no son para hablar en mitad de la calle.

Entraron y enseguida les recibió el aroma del café recién hecho y el olor del serrín desparramado sobre el pavimento.

Había pocos clientes y todos ocupaban las mesitas adosadas al muro. Viendo que la barra estaba desierta. Tace llevó a la joven hacia el extremo más solitario. Cuando se acercó el camarero, Tace pidió un café doble con leche para la chica y un *brandy* para él, consumiciones que les fueron servidas a los pocos momentos.

—Es mejor que lo sepas todo ahora, Caroline, pues entiendo que tú permanecías absolutamente al margen de las actividades de *sir* Danton, aunque yo imaginaba que tú, al menos, sospecharías algo tras los frecuentes viajes de tu lió, con destino a Sudáfrica, sobre todo.

—No tenía ni idea —confesó Caroline—. Ya te he dicho que todo

lo que me interesaba era disponer de dinero abundante que me permitiera hacer mi capricho.

—Ya... —murmuró Tace, con evidente sarcasmo—. Pues bien, como te decía antes, *sir* Danton se arruinó con el juego. Absolutamente. No sólo no disponía de dinero: había hipotecado Malvory Mansión e incluso el Rolls. Había fracasado por completo y sólo le quedaba un recurso: el suicidio. Era la única salida honorable, pues sus deudas ascendían ya a medio millón de libras esterlinas.

—¡Dios mío! Has dicho suicidio...

Tace probó un sorbo de *brandy* y el desagrado se plasmó en sus bien perfilados labios.

—Sí. Creo que se contuvo por ti. Tú eras la única persona a la que él tenía verdadero amor, ¿comprendes? —pronunció el hombre mirando fijamente a la muchacha.

Caroline tragó saliva.

De pronto, acababa de descubrir cuán poco había conocí de al hombre que se había ocupado de ella desde que sus padres murieran en un accidente de aviación.

—Sí —murmuró.

—*Sir* Danton era un hombre de honor. Creo que nunca se hubiera aliado con unos criminales, de no ser porque le atormentaba tu futuro. Él te había criado, te había dado una educación cara y esmerada, te convirtió en una verdadera señorita... No voy a dárme las de moralista, Caroline, entre otras cosas porque también mi conducta deja mucho que desear, pero me temo que tú jamás le correspondiste como hubiera sido justo...

Caroline bajó la mirada y la clavó en el húmedo serrín que alfombraba el suelo.

—Tienes razón. Fui demasiado egoísta —susurró, avergonzada.

Tace sacó del bolsillo un paquete de «Herbert Tareyton» y encendió un cigarrillo. Advirtiéndolo el gesto de ansiedad en el rostro de Caroline, sacó otro, se lo puso en los labios y aproximó la llama de su cigarrillo. Observó como la muchacha aspiraba con fuerza y sus pómulos se marcaban atractivamente. Luego ella arrojó una bocanada de humo, que flotó un momento entre ambos.

—Tace, dijiste que mi tío se había asociado con unos criminales —observo, luego, Caroline.

—Lo hizo por ti, estoy seguro —afirmó el hombre—. Odiaba la posibilidad de que tú te vieras precisada a carecer hasta de lo más indispensable. Porque, aunque te había educado como una aristócrata, tú no poseías ninguna formación profesional.

—Es cierto. Por mi culpa —confesó Caroline.

Tace aprobó estas palabras con un leve movimiento de cabeza.

—Lo cierto es que, de repente, *sir* Danton se vio involucrado en un peligroso *affaire* —declaró.

—¿Cuál?

—Contrabando de diamantes. Ésos eran sus intereses en los «negocios» de minería que a menudo le llevaban a Sudáfrica.

Caroline dio un sorbo a su café y luego aspiró golosamente el humo del cigarrillo. Al expeler el humo, sus blanquísimos y perfectos dientecillos brillaron entre los labios, jugosos y juveniles.

—Pero eso no es demasiado «pecaminoso», ¿no? —exclamó, como liberada de repente de una gran carga—. Al fin y al cabo, el contrabando no es otra cosa que comerciar con determinados géneros... aunque sin pagar los aranceles aduaneros.

Tace rió quedamente.

Y luego miró a la joven con miseratativamente.

—Eso crees tú, ¿eh? —pronunció en voz baja—. Es lógico: *sir* Danton te mantuvo siempre bajo su protección y tú no sabes nada del mundo. Y mucho menos del mundo del delito, de los asesinos, de los pistoleros que asesinan por la espalda sin dar lugar a la defensa... Pues bien, es hora de que vayas aprendiendo algunas cosas, pequeña. La verdad es que tu tío se vio comprometido hasta el cuello. ¿Qué crees que fue lo que le hizo enfrentarse a su destino sin rebelarse? Sencillamente: sabía que estaba atrapado.

Caroline parpadeó.

—No entiendo una palabra —confesó.

—Te lo diré de otro modo: cuando *sir* Danton tomó el vuelo 887 de la SAAL, «sabía» perfectamente que el avión no llegaría a su destino —declaró Tace.

—¿Por qué? —preguntó cándidamente Caroline.

—Según sospecho, tu tío quería abandonar el «negocio» después de haber ganado una respetable cantidad de dinero y cancelar sus deudas. El infeliz no sabía que una vez que se ha entrado en el círculo, jamás se puede salir de él por las buenas, excepto en un

sentido.

—¿Cuál?

—El cementerio —respondió Hughes.

Y Caroline se estremeció violentamente.

—Nunca debió hacerlo... Quiero decir: jamás debió dejarse vencer por esos individuos —murmuró luego—. Yo era una niña mimada, lo sé. Y él se esforzaba ante todo por conseguir para mí una vida confortable, amable y fastuosa. Pero ahora creo que su sacrificio no valió la pena.

—Sinceramente, yo también pienso lo mismo —dijo Tace—. Pero tanto da, a estas alturas. Lo más probable es que ni siquiera sea hallado su cadáver, pues su avión estalló en alta mar cuando volaba a diez mil metros de altitud... Ahora que lo pienso: él debía sospechar que tú estabas en peligro, puesto que me previno. Me pidió encarecidamente que te protegiera. Y pienso hacerlo, excepto que tú decidas otra cosa.

Caroline había terminado su café.

Tace elevó su copa y bebió el último sorbo de licor. Pagó las consumiciones y tomó a Caroline por un brazo.

—Vamos.

—¿Adónde?

—A un restaurante próximo y seguro, donde almorzaremos. Después iremos a alquilar un automóvil y más tarde asistiremos a un funeral —respondió el hombre, un tanto inexpresivo—. Quizá surja la ocasión de que comprendas hasta qué punto son peligrosos los individuos con los que estaba comprometido tu tío.

CAPÍTULO V

Tace estacionó el automóvil frente al cementerio y se apeó del vehículo con cierto apuro, pues su altísima humanidad apenas cabía forzosamente en el pequeño utilitario.

Caroline, que acababa de bajar por la izquierda, se unió a él en una corta carrera, pues Tace caminaba ya a largas zancadas hacia la entrada del camposanto.

No llovía con fuerza, pero no cesaba de lloviznar. Al abandonar el cálido refugio del pequeño automóvil, Caroline sintió un escalofrío, por lo que se apretó, friolera, contra el cuerpo del hombre que hasta el día anterior había sido su mayordomo.

Durante el almuerzo, habían charlado durante largo rato.

Había una pregunta que pugnaba por salir de los labios de la muchacha. Y, sin poderse contener, la formuló cuando dieron principio al almuerzo.

—Tace, ¿cómo sabes tú todas esas cosas?

—¿Qué cosas?

—Todo lo relacionado con los manejos delictivos de mi tío —especificó ella—. Entiendo que un mayordomo puede estar al tanto de muchos secretos de su señor, pero conozco... es decir —rectificó con un gesto de amargura—: conocía a mi tío y sé que jamás se hubiera confiado con tal sinceridad a un simple mayordomo.

Una leve sonrisa distendió los gruesos labios del hombre.

—Bueno, es que yo no era exactamente un mayordomo —confesó—. Me hice pasar por tal con el fin de averiguar la envergadura del «negocio» en que estaba metido *sir* Danton.

Caroline alzó vivamente la cabeza.

—Así que eras una especie de espía... —murmuró, dolorida.

—Llámalo así, si lo prefieres. Pero sí: estaba en Malvory Mansión para saber. Y supe muchas cosas, aunque *sir* Danton no sospechó de mí sino en el último momento, cuando partía para no

volver —confesó.

—¿Hiciste todo eso por iniciativa propia? —quiso saber Caroline, que ahora parecía desganada.

—No, no —respondió Tace—. Digamos que trabajaba para cierta organización oficial, no puedo decir el nombre, ni importa demasiado. Ellos se ocupan de proteger los intereses estatales, eso sí puedo decírtelo. No trabajo continuamente para ellos, sólo me contratan esporádicamente, ¿comprendes?

—Más o menos —asintió Caroline—. ¿Qué es lo que averiguaste, aparte de lo que ya sé?

Tace volvió a sonreír solapadamente.

—Pequeña, yo no estaría vivo si respondiese sinceramente a cuantas preguntas se me hacen —exclamó—. Pero confieso que no logré averiguar mucho más, en esencia, de lo que tú sabes ya.

—Te expresas de una forma que no logro entender con claridad. ¿Qué quieres decir?

—Bien. Mis jefes sospechaban que *sir* Danton estaba complicado en un asunto de contrabando de gemas. Yo averigüé pacientemente (no olvides que estuve cinco años en Malvory Mansión) cómo funcionaba el negocio. Y, créeme, me sentí espeluznado, porque descubrí cosas horribles...

—¿Qué clase de cosas horribles?

Tace vaciló, tenedor en ristre.

—No quiero estropearte el almuerzo, pequeña. Más tarde hablaremos de ello —respondió el exmayordomo—. Bástate ahora con saber que averigüé quiénes transportaban los diamantes y el método que utilizaban para burlar las inspecciones aduaneras. Sin embargo, no creo que *sir* Danton estuviera al tanto de todos los detalles ni mucho menos. Aunque hubiera caído en la tentación de hacer dinero rápida y fácilmente, él seguía siendo un caballero y un hombre escrupuloso, en cierto modo.

Siguieron comiendo, en silencio. Caroline lo hacía sin ganas, evidentemente.

—Hay algo que no consigo entender. Tace. ¿Cuál era el papel de mi tío en todo eso? Arruinado, sin un penique en los bolsillos, como tú mismo has dicho expresivamente, ¿qué pintaba él en la organización de contrabandistas? Como aventurero, era ya bastante mayor. No puedo imaginármelo pasando unos cuantos diamantes de

contrabando en cualquier aduana...

Tace asintió.

—Y tienes toda la razón del mundo, Caroline. Él jamás pasó un solo diamante. Pero ¿has olvidado que *sir* Danton perteneció a la carrera diplomática hasta hace pocos años? Tú no lo sabes, pero yo sí: le expulsaron del cuerpo diplomático a raíz de cierto descubrimiento que se mantuvo en secreto. *Sir* Danton hacía posible que importantes alijos de gemas fuesen incluidos en ciertas valijas diplomáticas. Ésa era su contribución inicial al negocio.

—No sabía nada de eso. Creí que mi tío había causado baja voluntariamente en el cuerpo diplomático. Pero si él como tú dices, a partir de ese momento, ¿para qué interesaba él a los contrabandistas? —preguntó Caroline.

Tace tomó un poco de oporto tinto y dejó la copa sobre la mesa.

—En primer lugar, debes saber que esa gentuza jamás deja en libertad a uno de sus socios. Ya te he dicho cómo se causa baja: abandonando este mundo —explicó—. Pero, además, ellos siempre tienen recursos para sacar provecho de cualquier circunstancia. La expulsión de *sir* Danton se lleva a cabo con discreción, pues a los propios diplomáticos no interesaba que el asunto trascendiera ni surgiera el escándalo. Tu tío no fue denunciado ante la policía, sino que se le amonestó y se le separó del servicio. Pero seguía conservando amistades e influencias, muy útiles para el negocio del contrabando. Gracias a él, se consiguieron pasaportes y permisos de residencia para los camellos, por ejemplo.

—¿Camellos? —exclamó Caroline, desconcertada.

—Llamamos así a los individuos encargados de «pasar» las gemas, ¿comprendes? —Especificó Tace—. A mí me explicaron mis jefes que debía determinar todas las ramificaciones y enlaces de la organización. Pero no me dijeron la verdad.

—¿Qué verdad?

Tace disimuló. Sacó la cartera y llamó al mozo que les había servido. En realidad, según sospechó Caroline, no quería hablar de aquel asunto.

Abandonaron el restaurante, fueron a alquilar el «Mini-Morris» a una casa de compraventa de vehículos y desde allí se dirigieron al cementerio.

Pero Tace, sin proponérselo, había logrado despertarle la

curiosidad que hay latente en toda fémina.

Y ahora se preguntaba con obstinada obsesión a qué clase de verdad se habría referido el exmayordomo.

—Falso mayordomo —se rectificó a sí misma, mientras caminaba bajo los Cipreses y la lluvia menuda, aferrada al brazo de Tace.

Él caminaba rápidamente y con toda seguridad, como si supiera de antemano a qué rincón del cementerio se dirigían.

A cierta distancia, Caroline divisó un grupo de personas que formaban círculo, aguantando estoicamente la lluvia bajo los paraguas.

Sé acercaron en el momento en que los sepultureros hacían descender un ataúd hasta el fondo de la fosa.

Tace y Caroline se detuvieron a discreta distancia del grupo. El clérigo que oficiaba el funeral comenzó a pronunciar una fúnebre salmodia y la mujer enlutada de cierta edad que permanecía de espaldas a ellos dejó escapar un sollozo estrangulado. Un caballero de parecida edad la sostenía por los hombros. Junto a ellos, un jovencito de unos catorce años asistía al acto pálido y tembloroso.

—Son los Claredon, unos amigos —susurró Tace a su oído—. Hoy entierran a su hija, Beverly, de veintiún años.

—¡Tan joven! —Se estremeció Caroline.

—Sí —asintió Tace, reflexivo—. Era una muchacha preciosa. Lástima que...

—¿Lástima qué...? —repitió Caroline, instándole a seguir.

—Los Claredon son gente acomodada y Beverly tenía un magnífico porvenir. Estaba a punto de licenciarse en Derecho cuando... descubrió las drogas. Empezó fumando inofensivos «porros» de marihuana y hachís, pero enseguida necesitó algo más fuerte y, probó la cocaína, la morfina y el ácido. Llegó a robar para poder satisfacer su vicio, que se había convertido ya en una necesidad agobiante. Luego se marchó en uno de esos, *tours* de la droga. Visitó África del Norte y varios países de Asia: todos aquéllos en que se produce opio. Hace unos meses estaba completamente perdida: llegó a pesar treinta kilos y había arruinado su salud. Sus padres intentaron denodadamente recuperarla. La internaban en un centro para drogadictos y salía restablecida, pero a los pocos días volvía a reincidir y empeoraba ostensiblemente hasta convertirse en

un remedo de ella misma. Y ahora está muerta. Sus padres tardarán en recuperarse del profundo dolor que ahora les agobia. También su hermano, Marty, ese guapo chico que está junto a los Claredon.

Caroline no dijo nada, pero un escalofrío la recorrió de pies a cabeza.

También ella había sentido curiosidad por las drogas e incluso, durante una temporada, fumó marihuana frecuentemente. Fue por entonces cuando tuvo una grave afección gástrica que exigió una intervención quirúrgica. Cuando abandonó el hospital, se había olvidado de aquel vicio, por fortuna.

Los sepultureros procedían ya a colocar la losa que apartaría para siempre a Beverly Claredon del mundo de los vivos. El clérigo permanecía silencioso, con las manos cruzadas sobre el vientre.

Cuando los escasos asistentes al enterramiento se aproximaron a los Claredon, Tace susurró al oído de Caroline:

—Espera aquí un momento. Quiero dar el pésame a mis amigos. Y se separó de ella.

La lluvia arreció en ese momento y Caroline elevó las solapas de su gabardina para proteger su cuello y su rostro. Una ráfaga de fuerte viento la empujó con fuerza. Hacía demasiado frío y echó de menos la proximidad protectora de Tace Hughes, que se dirigía ahora al encuentro de los enlutados Claredon.

Habían desfilado ya todos los asistentes al acto fúnebre y en aquella parte del cementerio solo quedaban los parientes de la difunta, Tace y la propia Caroline. Y la lluvia caía cada vez más fuerte y abundante.

El señor Claredon traslucía emoción y agradecimiento, mientras Tace estrechaba su mano y oprimía su hombro en un ademán solidario y confortador.

¿Por qué hablaban tanto? Claredon protegía a Tace de la lluvia con su paraguas, pero Caroline se estaba calando.

La señora Claredon tenía los ojos cuajados de lágrimas, pero asentía vivamente a lo que Tace estaba diciendo. Marty, el chico, se apretaba contra su madre, pálido y silencioso.

Al fin, Tace estrechó una vez más sus manos y se separó de ellos.

Cuando volvió junto a Caroline, la tomó por el brazo y caminaron rápidamente hacia la salida del cementerio.

—Perdona —se había disculpado Hughes—. Confieso que me

olvidé que tú estabas soportando la lluvia a pecho descubierto. Debimos proveernos de unos paraguas. En Londres, nunca se sabe...

Pero ella se sentía ahora más confortada con su presencia, con su cálida y evidente proximidad.

Los Claredon se habían perdido ya de vista, cuando Tace y Caroline abandonaron el cementerio y caminaron a paso vivo hacia el «Mini-Morris».

—¡Pobres! —comentó Tace, cuando, apresuradamente, se acomodaron en el interior del pequeño vehículo—. Están destrozados.

Caroline, que escrutaba, preocupada, sus facciones, dijo:

—Es curioso. También tú pareces.

El hombre irguió la cabeza con cierta brusquedad, metió la llave de contacto y arrancó el motor. Luego se agachó para poder mirar a través del espejo retrovisor y puso el coche en marcha con cautela.

Sólo cuando se hubieron alejado considerablemente del cementerio, Tace miró fugazmente a Caroline y dijo:

—Hubo un tiempo, hace un par de años, en que yo estaba dispuesto a casarme con Beverly Claredon. Y creo que lo hubiera hecho, de todas formas, si ella no hubiera escogido, definitivamente ya, otro camino divergente del mío: el de la heroína.

Ante la asombrada actitud de Caroline, añadió:

—Fue ella la que se negó a casarse conmigo. En un momento de lucidez, me dijo: «Vete, Tace, es lo más sensato. Conmigo serías intensamente desgraciado». Quise convencerla de que mi amor y mis cuidados obrarían el milagro: curarla, relegar el vicio al olvido. Pero ella no claudicó. Antes de arrojarme violentamente del apartamento que ocupaba con otras dos drogadictas, dijo...

Tace se interrumpió, atento a la maniobra precisa para desviarse a la derecha. El pequeño automóvil aguardó a que cruzara un autobús urbano y después se «coló» rápidamente a través del dédalo de callejuelas.

—¿Qué fue lo que te dijo finalmente Beverly Claredon? —insistió Caroline, ávida.

—«Sálvate tú. Yo ya no tengo salvación», eso fue lo último que la oí decir —murmuró el hombre con la voz súbitamente enronquecida.

CAPÍTULO VI

Michael Roos, a quien todo el mundo llamaba Mike The Book, se sentía un tanto inquieto aquella tarde.

Ahora su negocio funcionaba a las mil maravillas y sus tiempos de bookmaker —corredor de apuestas—, y el recuerdo de la cárcel estaban lejanos, casi olvidados en él fondo de su memoria. Ganaba buen dinero, honrado dinero, aunque a veces sus actividades rozasen el borde de lo ilegal.

Todo le iba bien a Mike The Book. Desde el cuchitril donde había empezado, había llegado a ocupar toda una planta en un bello edificio de oficinas en Cokquery Row. Mantenía una plantilla de seis empleados y disponía de una modernísima centralita telefónica, a través de la cual sus empleadas ponían en contacto a miles de personas diariamente.

The Book no había inventado tal negocio, ciertamente. Años atrás, ya funcionaban en Estados Unidos aquellos servicios que se ocupaban de recoger llamadas telefónicas y recados de todas clases.

Pero el origen del floreciente negocio de Mike The Book era distinto. En sus tiempos de bookmaker. Mike conocía a docenas de miles de personas. Era muy frecuente que alguien se acercase a él y le dijese:

—Oye, Mike, si ves a Dickson (o a Jones, a Davis, a Smith o Brown), dile que...

Él solía hacer esta clase de encargos gratuitamente. Pero cuando salió de la cárcel —donde pasó tres años—, había escarmentado del difícil negocio de las apuestas. Fue entonces cuando se le ocurrió la manera de explotar aquel fichero de rostros, nombres y otros datos que había ido atesorando en su cerebro a lo largo de años.

Así, cuando alguien le daba un recado para otra persona. Mike le entregaba una tarjeta y daba la siguiente explicación:

—Acabo de fundar la «Agencia de Recados Roos». Mi tarifa para

esta clase de servicios son dos libras.

Algunos de sus interlocutores se despedían de él con un humor de todos los diablos, pero otros pagaban el canon sin rechistar.

El negocio comenzó a marchar. Mike alquiló un sotabanco y un teléfono. Colocó allí a Jenny, a la que facilitó un fichero muy completo. Mientras él, siguiendo su inveterada costumbre, iba de acá para allá, recogiendo chismes, comentarios y encargos.

Encontró una clientela espléndida entre las gentes del hampa. Personas que no querían dar su domicilio, individuos que tenían muchas cosas que ocultar... ésa fue su principal fuente de ingresos.

Al principio, Mike recogía un recado y buscaba personalmente a su destinatario, pero a la larga se dio cuenta de que esto era muy laborioso y lento, por lo que se las arregló para cumplir su función mediante el teléfono e incluso el correo, cuando conocía la dirección de aquellas personas.

Algunos de sus clientes llamaban a The Book para dejar un recado que otra persona recogería poco después por teléfono.

De modo que el trabajo era lo suficientemente complicado y atractivo para satisfacer a un hombre como Mike, que tenía sangre de correveidile.

Si además la apasionante aventura le enriquecía, miel sobre hojuelas.

Ciertamente, Mike había tenido dos o tres líos por causa de su nueva actividad de enlace, intermediario y alcahuete. Dos años atrás había estado a punto de volver a la cárcel por segunda vez, cuando la policía le acusó de complicidad en un secuestro.

Pero entonces, Mike podía permitirse pagar al mejor abogado. Además, cautamente, repitió una y otra vez que él dirigía un negocio honrado y que su empleada no había hecho otra cosa que repetir un encargo a través del teléfono.

Sin embargo, aquella experiencia le obligó a ser aún más cauteloso a partir de entonces. Si Mike olía peligro en transmitir un encargo, diplomáticamente declinaba comprometerse y todo arreglado.

Ahora, al cabo del tiempo y cuando sus servicios tenían miles y miles de usuarios que iban engrosando sus cuentas bancarias, Mike The Book volvía a sentirse preocupado.

La sensación de peligro le había llegado aquella misma mañana

cuando la pizpireta y complaciente Jenny —ascendida ya a jefa de personal—, penetró en su suntuoso despacho y le trasladó la llamada que acababa de hacer un tal Halloway.

¿Halloway?

Aquel nombre le sonaba mucho a Mike, que tenía una memoria privilegiada. De todas formas, tomó apresuradamente una cartulina del fichero y la consultó de un vistazo.

Se trataba de un cliente asiduo, que enviaba religiosamente el importe del servicio por giro postal.

Pero Halloway no tenía rostro, porque siempre llamaba por teléfono y jamás dejó una dirección. Se limitaba a llamar más tarde para obtener la información interesada.

—Dígame, señor Halloway —dijo, cuando se produjo la comunicación.

—Éste va a ser un encargo muy particular, Mike —dijo su interlocutor, sin más preámbulos—. Necesito encontrar a un individuo llamado Eustace Hughes. Pagaré lo que me pida, Mike. Pero necesito la información enseguida.

Eustace —Tace—. Hughes. Otro cliente. Mike recordó los datos instantáneamente. Sin embargo, repuso:

—No sé si podré atender su petición, señor Halloway. En primer lugar, tendré que averiguar si se trata de un cliente...

—Lo es, sin lugar a dudas —le cortó bruscamente Halloway.

—¿Cómo puede saberlo? —inquirió Mike, cauto.

—No me haga perder el tiempo, The Book. Durante meses enteros, los teléfonos de su agencia han estado intervenidos por nosotros. Y aún lo están. Tenemos grabadas miles de conferencias telefónicas. Y algunas, usted lo sabe, podrían comprometerle gravemente, hasta el extremo de dar con sus huesos en prisión. Y esta vez los jueces no serían tan comprensivos como en anteriores ocasiones.

Mike se inmutó.

Quien le hablaba era indudablemente un alto cargo de la policía o del servicio secreto. Y lo que menos deseaba Mike era mantener relaciones tirantes con entes estatales.

—¿No va todo eso contra la Constitución, señor Halloway? Me refiero a intervenir mis teléfonos sin motivo ni autorización pertinentes —trató de mantener el tipo.

—¿Cómo sabe usted que no poseemos todas las autorizaciones necesarias? —retrucó Halloway con dureza.

Y Mike calló bruscamente lo que pugnaba por salir de sus labios.

—Está bien, espere. Trataré de complacerle —dijo, procurando que su voz no le traicionase.

Simuló consultar su fichero, aunque sabía de memoria lo concerniente a Tace Hughes.

—Espero que el señor Hughes no sepa nunca que he faltado al secreto profesional, pues los datos que figuran en su ficha son confidenciales. Estrictamente confidenciales —insistió Mike.

—No se preocupe por eso —dijo Halloway, ásperamente.

—Bien... Los datos que poseo son éstos: Eustace Hughes, Malvory Mansión, teléfono... —¡Eso ya lo sé, estúpido!— bramó Halloway. —Si Hughes continuase en Malvory Mansión, yo le habría encontrado. ¿No tiene otra dirección, algún dato más preciso?

—Lo siento, señor. Mis clientes no acostumbran a confiarme su dirección. Es todo lo que sé acerca de Eustace Hughes —dijo Mike, preocupado.

Al otro lado se oyó la respiración contenida y silbante de Halloway.

—Escúcheme con atención, Mike.

—Sí, señor Halloway.

—Estoy seguro de que Hughes establecerá algún contacto a través de su agencia. Por tanto, voy a enviar ahí a uno de mis hombres. ¿Está de acuerdo?

—¿Con qué objeto, sí puedo saberlo? —inquirió Mike, cauteloso.

—Necesito encontrar a Hughes. Mi hombre estará en esa agencia las veinticuatro horas del día, ¿comprende? Pondrán a su disposición un supletorio para que pueda seguir la conversación de Hughes, cuando ésta se produzca. No les molestará para nada, pero si intentan ocultarle una llamada telefónica por parte de Hughes...

—¡Lo sé, lo sé, señor Halloway! Envíe a ese hombre. Le tendremos al tanto de lo que ocurra.

—Eso espero. Por su bien. Mike —respondió Halloway. Y colgó.

Media hora después, un individuo que vestía una gabardina oscura se presentó en la «Agencia de Recados Roos», situada en Cockery Row.

Era un tipo de unos cuarenta años, delgado y de expresión adusta, que ni siquiera se despojó de la mojada gabardina cuando Jenny le ofreció una silla.

Habían transcurrido siete horas desde que Halloway llamase a Mike The Book. Aquel tipo continuaba sentado en la silla, impasible. Había desenvuelto un pequeño bocadillo de jamón york, que había deglutido lentamente, sin desperdiciar una sola miga.

Tace Hughes no había llamado, pero la preocupación de Mike iba en aumento.

Su consternación no se debía únicamente a las amenazas e imposiciones de Halloway —Mike, que tenía buen olfato, intuía que se trataba de un capitoste del servicio secreto británico—, sino a la llamada que se había producido aquella misma mañana, mucho antes de que el malhadado Halloway se pusiera en contacto con Mike Roos, apodado The Book.

Un cliente llamado Dave Keller había dejado un recado para Tace Hughes.

—Cuando llame, díganle que tengo una excelente oferta para él: diez mil libras.

—¿Nada más, señor Keller? —preguntó la telefonista que tomó el recado.

—Nada más. Él comprenderá inmediatamente a qué me refiero —respondió Keller.

Y Mike se preguntaba ahora la reacción del hermético hombre de Halloway cuando se produjese la llamada de Hughes y la telefonista le transmitiese el recado de Keller.

Mike, a pesar de los turbios antecedentes, tenía un cierto código moral, que observaba escrupulosamente: los asuntos y negocios de sus clientes eran sagrados.

Ahora estaba seguro de que el recado de Keller podía perjudicar a Tace Hughes. ¿Qué debía hacer en tal caso?

Lo mejor era retener el recado de Keller, aquel que hablaba de diez mil libras esterlinas.

No faltaría con ello a su deber, puesto que podía transmitir la información a Hughes en otra ocasión.

Entre Tace Hughes, un buen cliente que jamás le había perjudicado, y Halloway, que vomitaba amenazas, Mike Roos se inclinaba a favorecer, en lo posible, al primero.

Una vez establecido esto, Mike retiró el recado de Keller hasta mejor ocasión.

Entretanto, y como entre las instrucciones del irascible Halloway no se precisaba su presencia en la oficina, Mike decidió subir a su apartamento privado, situado dos plantas más arriba.

Aunque previamente hizo algo: ordenar a Jenny que le fuera pasada comunicación arriba en el caso de que llamase Tace Hughes.

Mientras se servía una discreta ración de «Sanders» con dos cubitos de hielo, Mike cavilaba activamente.

Que Halloway no había mentido al amenazarle, se deducía del hecho de haber enviado a su testaferro a las oficinas de la Agencia de Encargos Roos. El demacrado individuo de la gabardina que aguardaba abajo debía poseer autoridad suficiente para llamar a la central de teléfonos y averiguar la situación del teléfono desde el que hablaba Hughes.

Lo que ocurriría después, era fácil de adivinar: policías o agentes del servicio secreto se trasladarían rápidamente hacia la cabina desde la que, con toda probabilidad, comunicaba Hughes.

Los motivos que tendría Halloway para querer atrapar a Hughes quedaban fuera del alcance de Mike The Book.

Pero podía imaginárselos con un pequeño esfuerzo mental. Probablemente, se trataba de espionaje.

Pero ¿no era Tace Hughes uno de ellos?

Por lo regular, Mike no profundizaba en el significado de los contactos de sus clientes, pero Tace era uno de los más antiguos y asiduos, y Mike había deducido que Hughes era un agente del servicio secreto, incluso lo conocía en persona. Era un hombre gigantesco, bien parecido, amable y discreto.

Mike sentía una viva simpatía hacia Hughes, eso era evidente. De otro modo no se comprendería que estuviera dispuesto a comprometerse gravemente solo por ayudarle.

Estaba pensando en todo esto, cuando sonó el teléfono. Era la voz de Lily, una de sus más guapas telefonistas.

—Jefe, Eustace Hughes al aparato. Supongo que he de avisar a ese individuo que mastica chicle continuamente... cuando no se limpia las uñas con un mondadientes. ¿Qué hago?

—Avisa a ese tipo. Pero intenta distraer a Hughes unos segundos. Tú sabes hacerlo, Lily —respondió Mike.

Y abandonó apresuradamente su confortable apartamento y descendió en el montacargas de servicio.

CAPÍTULO VII

—Espera un momento. Voy a los lavabos —dijo Tace al oído de Caroline.

Abandonó el salón principal de Gasby's y salió al pasillo, pero no empujó la puerta correspondiente a los servicios de caballeros, sino que salió directamente a la calle.

Seguía lloviendo sin cesar.

A la puerta del carísimo Gasby's, un hombre de raza negra de unos cuarenta años silbaba melodiosamente un *blues*. El hombre vestía un barato impermeable de plástico transparente y fumaba un cigarrillo. Los hilillos de lluvia caían en su gorra a cuadros y resbalaban por su espalda, pero el hombre soportaba estoicamente el aguacero sin dejar de silbar y dar chupadas a su cigarrillo mojado, alternativamente.

Tace conocía a aquel hombre. Era un haragán, un individuo que se ganaba la vida arrimado a la fachada de Gasby's. A veces caminaba suficientemente ligero para abrir las puertas de los lujosos automóviles que se detenían ante la marquesina del club; otras, se las arreglaba para detener un taxi. Las propinas que recibía no solían ser excesivamente cuantiosas, pero Joe Morris no sabía hacer otra cosa.

—¡Eh, Joe! —llamó quedamente Morris, protegido bajo la marquesina.

El negro giró la cabeza y le miró.

—Sí, señó —dijo. Y ascendió sin prisas los seis peldaños que le separaban de Hughes.

Tace sacó del bolsillo una servilleta de papel de Gasby's y escribió rápidamente algo sobre la palma de su mano.

—Ve a la cabina de enfrente, marca este número y pregunta si hay algún recado para Tace Hughes. Te estaré esperando aquí —dijo. Y puso en la mano de Joe la servilleta arrugada y un billete de

cinco libras.

A Joe Morris se le animaron los mortecinos ojos.

—Sí, señó —murmuró. Se guardó presurosamente el billete en un bolsillo ignorado de su gabardina, descendió con cuidado los peldaños de mármol, se aproximó al borde de la acera, atisbo a izquierda y derecha, aguardó pacientemente a que pasaran varios vehículos y finalmente cruzó la calzada a buen paso.

Tace permaneció en pie bajo la marquesina de Gasby's, aunque apoyada la espalda en el muro. Contemplaba aparentemente el tráfico de vehículos sobre los chorreantes adoquines de la calzada, pero en realidad no perdía de vista la roja cabina telefónica en la que acababa de penetrar Morris.

Transcurrieron dos minutos. Joe tenía el auricular en la oreja. Se volvió un momento hacia la marquesina de Gasby's, pero enseguida se situó de espaldas.

Tace se impacientó.

«¿Por qué tarda tanto? En la agencia de Mike The Book no suelen perder el tiempo», pensó.

Joe seguía dentro de la cabina. Y parecía muy nervioso. Gesticulaba con la mano libre y a veces se volvía, desconcertado, para echar una ojeada fuera.

Perdida la paciencia, Tace se disponía a cruzar la calzada cuando un brillante automóvil americano frenó a la altura de la cabina telefónica.

—¡Mike The Book! —murmuró Tace, asombrado.

The Book miraba insistentemente al hombre de la cabina. Al cabo, volvió la cabeza y descendió apresuradamente de su automóvil.

Cruzó un momento después junto a Tace, que permanecía al pie de la escalinata.

—Váyase inmediatamente. Tace —susurró Mike al pasar. Y le metió algo en el bolsillo. Desconcertado, Tace le vio entrar en Gasby's. Pero el dueño de la Agencia de Recados Roos salió a los pocos según dos, descendió apresuradamente, se introdujo en su flamante coche americano, arrancó a toda velocidad y desapareció.

Fue justamente en ese momento cuando una estrepitosa camioneta de reparto pasó, junto a la cabina telefónica donde aún permanecía Joe Morris con el teléfono en la mano.

El viejo vehículo debía tener roto el silenciador, pues su motor trepidaba tan sonoramente como una vieja ametralladora Hopker.

Cruzó a mediana velocidad ante la fachada de Gasby's y se perdió en una de las bocacalles de la izquierda, dejando una humareda en pos de sí.

Tace dirigió su mirada hacia la cabina telefónica.

Consternado, comprobó que los Morris había desaparecido. O así le pareció al menos. Pero comprendió su equivocación cuando cruzaba la calzada en dirección a la cabina. Una gruesa señora cargada con dos bolsas de verduras le ganó por la mano, empujó la puerta de la cabina y exhaló un alarido tan agudo que el grito se elevó por encima del estrépito del trágico rodado.

Tace se detuvo en la acera.

Sobre las baldosas húmedas estaban las verduras que aquella mujer había abandonado en su loca huida. Y, a través de la puerta de la cabina, podían verse las piernas de Joe Morris, abatido en el suelo.

Había un rosario de agujeros en los cristales de la cabina.

—Impactos de una ráfaga de metralleta —murmuró Tace, entre dientes.

Y miró bruscamente hacia la callejuela por la que había desaparecido la ruidosa camioneta de reparto.

—Dispararon sobre él. ¡Pobre Joe! Pensar que ha muerto por cinco libras... —se desesperó.

Tace quería echar una ojeada a la cabina. Quizá Joe sólo estuviera herido. Quizá...

Pero a alguna distancia resonó un silbato policial. Del otro lado de la calle llegaba un policía de uniforme, avisado por aquella gruesa mujer de las verduras.

Cautelosamente. Tace simuló que continuaba caminando acera adelante. No forzó el paso, sino que se alejó de la cabina pausadamente, como si fuera un inocente viandante.

Más allá, mucho más allá. Tace se detuvo y vio al policía inclinado sobre el cadáver de Joe Morris. (Ahora ya estaba seguro de que Joe había muerto).

Sin darse prisa, cruzó nuevamente la calzada y volvió a Gasby's por la puerta de servicio.

—Vámonos de aquí —dijo a Caroline en cuanto estuvo a su lado.

Ella adivinó la tensión del hombre y no hizo ningún comentario.

Dejándose llevar por Tace, alcanzaron un pasillo húmedo y poco después estaban en el callejón. Subieron al «Mini Morris» y se alejaron.

Sólo cuando el pequeño vehículo cruzaba uno de los puentes de Kensington, Caroline se atrevió a musitar:

—¿Qué ha ocurrido. Tace? Estás tan pálido y demacrado...

—Nada —respondió él, sombrío—. Han matado a un negro que sólo pretendía ganarse cinco libras.

Y la muchacha no logró sacarle una palabra más acerca de aquel asumo.

Caroline se sentía desconcertada. Aunque era consciente de que corría peligro, empezaba a sentirse fatigada de ir de acá para allá sin ningún sentido. Tace la llevaba y la traía, lomaban un bocado, un café o una cerveza en cualquier sitio y enseguida salían pitando.

Tace se entrevistaba con unos y otros. Y sobre todo llamaba continuamente por teléfono.

Ahora mismo acababa de frenar el coche ante una cabina telefónica situada junto a un gran supermercado y abandonaba el vehículo con un escueto:

—Espera.

Dentro de la cabina. Tace acababa de sacar del bolsillo una cartulina. Era la que Mike The Book le había metido en el bolsillo a la entrada del club Gasby's.

Tace marcó el número anotado en ella y aguardó.

No distraía su atención ni un solo segundo. Controlaban a las personas que salían y entraban en el supermercado —sobre todo a las que salían—, atisbaba a izquierda y derecha sin girar la cabeza y, de cuando en cuando, se volvía a mirar a Caroline, que aguardaba impaciente dentro del coche.

Luego se oyó la voz inconfundible de Mike The Book.

—Diga.

—Soy Tace Hughes. ¿Puedo hablar?

—Adelante. El teléfono que le di corresponde al apartamento de una amiga de confianza. Me apresuraré en venir aquí, suponiendo que usted no tardaría en llamarme.

—Gracias por su ayuda. Encargué a un amigo que llamase a la agencia, pero me fue imposible esperar a recoger el recado. ¿Hay

algo para mí, señor Roos?

—Sí. Alguien llamado Dave Keller le ofrece diez mil libras. Usted debe saber por qué —dijo The Book.

Al cabo de un instante, Tace dijo, pensativo:

—Ya. ¿Eso es todo?

—Verá... Han estado presionándome. Un tal Holloway. ¿Lo conoce?

Los nudillos de Tace quedaron exangües al apretar salvajemente el auricular.

—Sí, lo conozco. ¿Qué hay con Holloway?

The Book se lo contó en pocas palabras.

—Él me amenazó, ¿comprende? Por eso decidí ayudarle a usted, aunque quizá me he expuesto demasiado. Imaginaba que la gente de Holloway intentaría llegar rápidamente a la cabina desde la que usted hablaba. Por eso salí a escape en mi «Mustang». Jenny escuchó la dirección que el hombre de Holloway obtuvo de la Centra! de Teléfonos y me la transmitió inmediatamente, pues tengo instalado radio-teléfono en mi coche. Cuando llegué juntó a la cabina y vi a aquel negro, comprendí que usted había obrado cautelosamente. Luego le vi y decidí que debía simular que entraba en Gasby's para deslizar en su bolsillo esa tarjeta con el teléfono de mi amiga.

Tace se humedeció los labios.

—Es un favor muy señalado, señor Roos. No lo olvidaré. ¿Puedo seguir utilizando los servicios de su agencia? Desde luego, utilizaré otro nombre —Tace miró el gran anuncio luminoso del supermercado en el que lucía la palabra «Wilson» intermitentemente en varios colores—. Wilson, por ejemplo.

—Desde luego que sí, señor Wilson —respondió Mike con su acostumbrada agilidad mental—. ¿Tiene algo para Dave Keller?

—Sí. Dígale que empezaremos a entendernos cuando añada dos ceros a la derecha de la cifra que me ofrece. Sólo eso. Y, señor Roos, gracias una vez más. Le enviaré el dinero por correo.

—De nada. Buenas noches, señor Wilson —respondió The Book.

Tace colgó lentamente. Pensativo.

Abrió la portezuela de la cabina y advirtió que el «Mini Morris» en el que aguardaba Caroline había desaparecido.

CAPÍTULO VIII

Un pequeño vehículo de color rojo se alejaba a toda velocidad hacia el próximo puente sobre el Támesis. ¡Era el «Mini-Morris» que había alquilado aquella tarde!

Tace se sintió desconcertado.

¿Caroline había decidido de pronto vivir por su cuenta...?

Perdió unos segundos. Cuando llegó en cuatro zancadas a la parada de taxis en la esquina del Supermercado Wilson, un individuo de aspecto delicado tomaba el único taxi libre.

Pero Tace no vaciló. En cuanto el otro se acomodó, sujetó con fuerza la portezuela y se metió dentro del coche.

—Salga disparado hacia el Battersea Bridge —ordenó al conductor. Y arrojó a través de la ventanilla de comunicación dos billetes de diez libras.

El perfumado caballero que se sentaba junto a él comenzó a protestar con una ridícula y atiplada vocecilla.

—¡Eh, oiga, amigo! Este taxi lo he tomado yo. De modo que...

—Cállese —pronuncio Hughes mirándole fijamente. Y aquel individuo obedeció inmediatamente.

El conductor del taxi apretó a fondo el acelerador. Al penetrar en el puente de Battersea, Tace, que miraba con ansiedad hacia adelante, creyó ver una mancha roja al otro extremo del puente.

—¡Dese prisa! —gritó al taxista—. Acaban de robarme el «Mini-Morris» rojo que acaba de cruzar el puente.

El taxi voló sobre el asfalto negro del firme y alcanzó como una exhalación el parque. ¡Y allí, a cincuenta metros de distancia, estaba el «mini», detenido ante un semáforo en rojo!

—¡Frene detrás de ese coche! —gritó Tace al taxista. Y el relamido individuo que llevaba al lado se santiguó reverentemente «¡Jesús, Jesús!».

El conductor hundió el pie en el pedal del freno y el taxi se

detuvo a un metro de distancia del utilitario rojo en el momento en que se abría violentamente la portezuela de la izquierda y un bulto humano era lanzado con fuerza sobre el asfalto.

Tace se lanzó fuera del taxi y corrió hacia el «Mini-Morris».

Acababa de reconocer a Caroline, que, sentada sobre el asfalto, se frotaba con un gesto de dolor su magullado codo izquierdo.

Lo que sucedió a continuación arrancó un grito de admiración de la garganta del mariquita que ocupaba el taxi e incluso por parte del taxista.

De un salto, Hughes acababa de afianzarse el lateral del «Mini-Morris» y se aferraba denodadamente a la portezuela hasta que consiguió abrirla con violencia.

En aquel momento, el pequeño vehículo se puso en marcha. El individuo que se sentaba al volante aceleró a fondo, tratando de escapar, pero Tace, afianzados los pies en el suelo y asiendo ferozmente la portezuela, obligó al vehículo a girar estrepitosamente a la izquierda.

El motor del «Morris» se caló y Tace intentó capturar a su conductor de un zarpazo, pero al fin el escurridizo de los cabellos rojos logró poner el motor en marcha y los neumáticos giraron sobre el suelo y elevaron nubecillas de humo negruzco.

Entretanto, el disco había cambiado a verde y un aluvión de vehículos se precipitaba hacia el cruce de la plazoleta.

Encolerizado, Tace seguía reteniendo el vehículo utilitario por la portezuela izquierda. Pero finalmente perdió la paciencia, se inclinó, tomó con sus enormes manos los bajos del coche y poniendo sus músculos en tensión, levantó dos ruedas del suelo y lo proyectó de costado.

El «Mini» volcó aparatosamente y dio una vuelta completa sobre sí mismo, justamente en el instante en que un camión de mudanzas se precipitaba sobre el lugar.

Tace se apartó de un salto. Rodaba por el suelo, cuando escuchó las planchas dobladas.

Cuando se incorporó y pudo ver lo que acababa de ocurrir, contempló el camión parado en medio de un círculo de curiosos que rodeaba la escena a distancia discreta. Bajo el paragolpes del pesado camión, se veía el «Mini» convertido en un amasijo reconocible de planchas retorcidas. El asfalto estaba regado de minúsculos

fragmentos de cristal y de entre los hierros del coche aplastado caía sobre el piso mojado un chorrito de sangre.

Se oyó el silbato de un bobby. Tace giró sobre sí mismo, vio a Caroline, palidísima, en medio de la calzada, pugnando por escapar a la embestida de los vehículos y retrocedió rápidamente.

Un momento después la tomaba de un brazo y corría entre los coches rápidamente, arrastrando tras sí a la joven, que parecía incapaz de reaccionar.

Entraron por la próxima boca del metro de Battersea, se detuvieron en la taquilla automática para tomar los billetes y descendieron raudamente hacia la estación suburbana.

Caroline gemía entre dientes.

—¿En qué ciase de lío horrible estamos metidos. Tace? —preguntó la muchacha, aterrada.

Pero él no respondió. Se limitó a seguir arrastrándola rápidamente. Tomaron el primer tren que se detuvo en la estación, buscaron el fondo del vagón y guardaron silenciosos, íntimamente abrazados en medio de la multitud.

Abandonaron el convoy en la estación de Knightsbridge. Ya en el exterior, Tace empujó a Caroline hacia Raphael Street y caminaron a buen paso bajo la llovizna hasta que alcanzaron la zona de Hyde Park Barraks. Allí, tomaron un taxi y se trasladaron hasta el Bloomsbury.

Cuando estuvieron acomodados en una mesita de la cervecería Harpers y un camarero puso a su alcance dos grandes copas de cerveza. Tace encendió dos cigarrillos, puso uno en los ateridos labios de la muchacha, fumó del suyo y bebió un largo trago de cerveza.

—Dime, ¿qué fue lo que ocurrió ante el supermercado Wilson? —preguntó el hombre.

Caroline hipó, a punto de echarse a llorar. Pero Tace puso la copa de cerveza en su mano, sonrió y la instó a beber.

Al cabo, Caroline se serenó.

—Ni siquiera lo sé. Estaba mirándote a través de los cristales de la cabina, cuando alguien empujó la portezuela del «Mini» por el lado contrario y se sentó a mi lado. Era un individuo de rasgos pálidos, delgados, cabellos pelirrojos, que vestía un chaquetón de cuero, mojado —relato la joven—. Antes de que hubiera conseguido

reaccionar, el desconocido dio al contacto y arrancó el coche. Luego paró bruscamente antes de llegar al puente.

—¿Para qué?

—¡Dios mío, qué sé yo! Al principio, creí que se trataba de un violador, de un obseso sexual —exclamó Caroline, desconcertada—. Porque empezó a... a meterme mano, para que lo entiendas.

—¡No me digas! —se burló Hughes.

—Bueno, eso fue lo que pensé. Pero, en realidad, no trataba de sobarme, sino de cachearme, según comprendí un momento después. No se expresaba con claridad. Arrastraba mucho las erres y vacilaba al tratar de expresarse...

—Pero algo debiste entender.

—Me amenazó, lo comprendí por su expresión y por su voz nerviosa y sus gestos huidizos. Dijo que debía permanecer en el coche junto a él o me mataría. Luego... Bien, ya lo sabes todo. Cruzó el puente y tuvo que detenerse en Battersea Park ante un semáforo en verde. Oímos el chirrido de los frenos de un taxi que estuvo a punto de embestirnos. El hombre se volvió y yo empujé la portezuela y salté de allí como alma que lleva el diablo.

—¿Eso es todo? —susurró Tace, escrutando los bellos ojos de color nácar.

—Pero, Tace, todo sucedió en unos pocos minutos. Después tú... Hughes la interrumpió con un gesto.

—Dices que ese individuo se expresaba con dificultad en inglés. ¿Crees que se trataba de un extranjero? —inquirió el hombre.

—Parecía eslavo —murmuró Caroline, pensativa—. Un ruso, quizá. ¡Sí, eso es! Aunque yo no conozco una palabra de ese idioma, ahora estoy seguro de que aquel hombre era ruso. Cuando me vio saltar fuera del «Mini», barbotó algo entre dientes que me recordaba ese idioma.

—Escucha con atención —rogó Tace. Y pronunció rápidamente una larga frase en idioma ruso—. ¿Te sonó así?

Las facciones de la muchacha se animaron.

—¡Sí! —exclamó—. ¡Hablabas precisamente en ese tono!

Al ver que las facciones de Hughes se tornaban concentradas y reflexivas, Caroline no pudo contenerse.

—¡Tace! ¿Qué sucio juego es éste? —exclamó, asustada—. Tío Danton toma una resolución tan siniestra como la de ir

voluntariamente al encuentro de la muerte, tú me raptas materialmente en Malvory Mansión, poco después varios criminales penetran en la residencia con la intención de raptarme y cortan una oreja a Giorgio, nos vemos obligados a huir de los malhechores, dormimos en habitaciones como covachas, un loco aprovecha que tú estás hablando en una cabina y se apodera del «Mini»... No sé a qué obedece todo esto. Tace, pero ¡te lo juro, me siento aterrada!

Parecía a punto de echarse a llorar, pero el hombre tomó sus manos ateridas y las acarició entre las suyas.

—Cálmate, pequeña. Yo cuidaré de ti —prometió con cálido acento que logró tranquilizar un tanto a la sobrina de *sir* Danton Malvory.

—Pero no me has explicado...

—Se trata de un juego peligroso, en el que tú y yo estamos incluidos involuntariamente. Ahora empiezo a comprenderlo todo... Pero tómate esa cerveza: te entonará. ¿Tienes hambre, no es cierto? Espera, pediré algo para ti.

Cuando ella hubo saciado su hambre, Hughes la miró conmisericordiosamente.

—¿Sabes una cosa? Hace ya unos meses que tu tío se había negado a seguir colaborando con esos criminales. Cuando descubrió que, en realidad, no se dedicaban solamente al contrabando de diamantes —explicó en un susurro.

—¿A qué otra cosa, entonces?

—Al espionaje. *Sir* Danton fue vehículo de esos individuos, sin proponérselo. Le enviaron a Sudáfrica con los bolsillos vacíos. O eso creía él al menos.

—¿Y no era así?

—Mucho me temo que no.

—Pero ¿cómo lo sabes? —insistió Caroline, curiosa.

Hughes esbozó un ademán amplio con su brazo derecho, en el que sostenía un cigarrillo encendido.

—No quiero ponerte al tanto de secretos que sólo servirían para comprometerte, querida, pero te diré lo siguiente: a fuerza de oír las conversaciones telefónicas que *sir* Danton mantenía en su mansión con determinadas personas, llegué a desvelar la clave en la que se entendían. Y así supe por qué tu tío volvió a trabajar para ellos. En uno de sus viajes a Ciudad del Cabo, *sir* Danton llevaba sobre sí

documentos microfilmados relativos a la seguridad del Imperio Británico. ¿Vas comprendiendo ahora?

Caroline se mordió los labios.

—Comprendo. ¿Pero dónde logró pasar esos documentos sin percibirse de ello? —quiso saber.

Tace sonrió conmisericordioso.

—La microfotografía ha avanzado muchísimo en los últimos años, querida. Ahora es posible incluir centenares de documentos microfilmados en una pequeñísima superficie. Cuando ellos le amenazaron con denunciarle como espía ante las autoridades británicas, *sir* Danton se mostró consternado. Tenía una bonita colección de sombreros hongos, ¿recuerdas? Pues bien, los hizo quemar todos y compró otros nuevos, imagino que él sospechaba la verdad: alguien había insertado un pequeño microfilm en el forro de uno de sus sombreros hongos —dijo Tace.

Caroline parpadeó.

—A juzgar por tu expresión. Tace, deduzco que tú tienes alguna idea de quién puede ser la persona que llevó a cabo esa tarea —murmuró, mirando al hombre con fijeza.

Tace dejó escapar una corta carcajada.

—Tienes razón —confesó—. Siempre sospeché de Giorgio. Pero ahora pienso que la sospecha no tenía más base que la antipatía que me inspiraba el valet de chambre. De ninguna forma creo que se hubiera dejado cortar una oreja para con vencernos de su inocencia. No, creo sencillamente que me equivoqué al sospechar de él.

—¿De quién sospechas entonces?

—Oh, de todos y de nadie en particular. Pudo ser Doleman. O la señora Morse. O quizá una de las doncellas. Incluso tú misma —bromeó.

Caroline se encogió, ofendida.

—¿Y por qué no tú? Al parecer, gozabas de la confianza de mi tío —exclamó, enfurruñada.

Tace volvió a reír de buen humor.

—Tienes razón, también pude ser yo. En realidad, no era un verdadero mayordomo, sino un observador o, si lo quieres, un soplón. Pero no fui yo quien hizo la faena; de eso puedes estar segura —repuso.

De repente. Caroline se quedó sería.

—Lo que no comprendo es por qué han intentado secuestrarme por dos veces. Si lo que querían era deshacerse de mi tío, ya lo han conseguido —al decir esto, los bellísimos ojos de Caroline Malvory se humedecieron—. ¿Qué es lo que buscan ahora?

Tace se mostró perplejo.

—No lo sé, pero debe ser algo muy valioso. Y no me refiero a diamantes o algo semejante, sino a secretos de alguna índole que valen mucho más que las gemas. Tal vez *sir* Danton logró averiguar algo sobre el espionaje, quizá consiguió encontrar algún microfilm con información interesante. Y en ese caso, pudo guardarlo, ponerlo a un buen recaudo para servirse de ese *dossier* como escudo...

Se puso en pie bruscamente.

—A propósito: debo hacer una llamada telefónica —dijo.

—¿Otra vez? —susurró Caroline, inquieta.

—No temas. La cabina está en ese rincón, a menos de cinco metros. Y te juro que no te perderé de vista ni un solo momento. Si alguien te pone la mano encima...

Dicho esto, se alejó hacia el rincón donde terminaba la barra.

Caroline le siguió con la vista y vio que Hughes hablaba con un camarero, que le trajo inmediatamente el teléfono. Tace descolgó el auricular y marcó un número con movimientos precisos y llenos de seguridad.

—¿Debo fiarme de él? —se preguntó la muchacha, temblando de zozobra.

CAPÍTULO IX

A las diez quince. «Ogro» Williams descendió del autobús y caminó lentamente a lo largo de la línea de desnudos madroños. El viento sopló y unos goterones de agua fría cayeron de las ramas y se le introdujeron entre el cuello del gabán y el cogote, obligándole a encogerse sobre sí mismo.

Caminó sin prisas calle adelante y sólo se detuvo en la próxima parada de autobús. Espió la calle, impaciente, y al fin apareció un autobús manchado de barro que frenó ante la parada con un chirrido quejumbroso. Bajaron dos jóvenes vestidas con impermeables baratos y después se vio a contraluz una figura más robusta: Gordon Halloway.

«Ogro» Williams esperó hasta que el autobús se alejó en medio de la fría y vaporosa llovizna desmenuzada. Halloway estaba a pocos pasos de distancia.

—¿Qué hay de Tace? —susurró el jefe del departamento.

—Nada —vibró malhumorada la voz de Gordon Halloway—. Es un pez escurridizo. No he parado de patear la ciudad en todo el día. Sé que estuve a punto de atraparlo, pero se me escapó.

La voz de «Ogro» Williams sonó ahora fría como la escarcha que esa noche se precipitaría sobre la ciudad de Londres.

—Pero tú me dijiste por teléfono que tenías un contacto, un tal Roos, un viejo conocido tuyo. ¿No surtió efecto?

—Por poco, según he podido comprobar. Tace estaba en el Gasby's Club. Envié a un negro a telefonar a una cabina próxima. Llegué allí cuando un policía hallaba el cadáver del negro en la cabina. Bueno, Morris estaba agonizando. Vivió lo suficiente para que yo sepa ahora la verdad. Estuve a punto de atrapar a Tace —respondió Halloway con voz cansada, aunque se adivinaba su deseo de mostrarse convincente.

—¿Crees que Tace mató a ese negro, Morris?

—No, no. El asunto tiene otro cariz. O mucho me equivoco o es cosa de los del Este.

—Ya —murmuró George Williams, taciturno.

Pasito a pasito fue desplazándose hasta situarse a escasa distancia de Gordon Halloway.

—Gordon, tienes que arreglar este asunto —siseó. Y Halloway se estremeció. ¿De frío? Tal vez—. Gordon, tú sabes ahora que Tace está al tamo del asunto. Probablemente. Tace nos hubiera brindado la solución en bandeja de plata. Pero tú le odias, por eso le despediste. Y ahora queda claro que tú eres el responsable del embrollo.

—Pero...

—Sabemos que los del Este han recibido información acerca del movimiento de nuestros agentes en Belgrado, en Varsovia, en Budapest, en Berlín, en Copenhague, en Estocolmo... Y sospechamos que la información fue «transportada» por Malvory hasta Sudáfrica. Es vital para nosotros conocer la lista de los nuevos agentes soviéticos en Londres y Europa Occidental, pero también resulta cuestión de vida o muerte averiguar quién o quiénes pasaron esa información a Malvory u otras personas. Tú sabes que sospechamos de mucha gente, algunos verdaderas personalidades del Gobierno y del Parlamento. Pero no podemos levantar la manta antes de tiempo. Gordon, tú estás en el asunto. Si mantuvimos a Tace en Malvory Mansión durante cinco años fue porque esperábamos obtener algo concreto. Y...

—Ya que mencionas nuevamente a Tace, jefe, no voy a ocultarte mis sospechas.

—Di.

—Creo que Tace es un doble agente. La información sobre movimientos de nuestros agentes en Europa del Norte y la zona oriental pudo muy bien obtenerla él. En mi caso, yo no negociaría con Tace. Si me lo encontrase cara a cara, tiraría contra él a matar —susurró Halloway con un leve estertor en la garganta.

—No eres precisamente un prodigio de diplomacia, querido —se burló «Ogro» Williams—. Por encima de todo, interesa negociar. Procura encontrar a Tace, infúndele confianza, consigue de él la lista de los agentes soviéticos que nos interesa, después... Después, si compruebas que es un traidor, haz con él cuánto quieras. Lo dejo

en tus manos. Pero necesito aclarar esta situación, Gordon — terminó con voz fría.

Se apartó de Halloway en el momento en que se acercaba el autobús, expandiendo fango por doquier. Aguardó a distancia prudencial, luego subió y el vehículo se alejó lentamente en la noche bajo el Trío aguacero de agua nieve.

Tace tendió la mano a Caroline.

—Ven —dijo con urgencia.

—¿Adónde vamos? —Se resistió la guapa muchacha—. Te lo aseguro. Tace, estoy harta de rodar, de cobijarme en tabernas que huelen a licores agrios y de dormir sobre grasientos y sucios camastros. Estoy casi dispuesta a...

—¿A qué? —preguntó el hombre con curiosidad.

Pero los hombros femeninos se inclinaron desfallecidos hacia adelante.

—A nada —confesó—. Era una bravata. Ahora estoy plenamente convencida de que dependo enteramente de ti. Haz lo que quieras.

Tace la tomó de la mano nuevamente y salieron a la calle.

—No temas. Te prometo que nos aguarda una buena cena y un lecho confortable. No te llevaré a ningún tugurio —prometió.

Detuvo un taxi y se acomodaron en el interior del vehículo. La muchacha estaba fatigada y apenas aprestó atención a la dirección que Hughes daba al taxista.

—Tace... —dijo al cabo.

—¿Qué?

—No comprendo nada. Durante cinco artos, no he sabido hacer otra cosa que despreciarte. Y tú ahora te desvives por mí, me tratas como a algo precioso, corres con mis gastos, me proteges, te expones a morir por mi causa.

Tace sonrió.

—Confieso que en más de una ocasión estuve a punto de propinarte una buena tanda de azotes donde puedes imaginarte. Pero entiendo que sólo eras una niña mimada. Además... Danton me lo pidió cuando se encaminaba a la muerte con serenidad. Me rogó que te protegiera. Y a mi modo, soy un hombre de honor — explicó.

Caroline asintió, entornados los ojos. Cuando transcurrieron unos minutos, Tace descubrió con estupor que ella se había

dormido. Sin embargo, la joven despertó bruscamente cuando un vehículo deportivo les adelantó con gran estruendo en la zona de Notting Hill.

La joven exhaló un grito de pánico y se incorporó viva mente, pero se tranquilizó cuando sintió sobre sus hombros el brazo protector de Hughes.

—Debe ser algo muy valioso —comentó Tace al rato, mientras el taxi se dirigía a buena velocidad a North Kessington.

—¿Qué?

—Cien mil libras. Ésa es la cantidad que me han ofrecido —afirmó Hughes.

—¿A cambio de qué? —Se intranquilizó Caroline.

—Ni siquiera lo sé. Sea lo que sea, debe valer mucho más que eso. Verás, un tipo buscavidas llamado Dave Keller me ofreció diez mil libras a través de la «Agencia de Recados Roos». Contesté que para estar de acuerdo debía añadir dos ceros a esa cifra. Y Keller ha contestado afirmativamente enseguida, ¿comprendes?

El taxi se detuvo en Graham Street, una ancha calle, residencial. Tace pagó la carrera y descendieron.

Llovía sin parar y la lluvia tendía a arreciar. Por eso caminaron aprisa en cuanto el taxi se alejó.

Un momento después estaban llamando a la residencia del doctor Silvester Maurin.

—¿Quién es? —susurró Caroline al oído de Tace mientras aguardaban.

—Un médico forense. Y un buen amigo. Le hice un pequeño favor hace ya tiempo y le he pedido cobijo por unos días. Esperemos que todo sea fácil. Le telefoneé esta tarde. Pareció comprender la situación fácilmente —respondió Hughes en el mismo tono.

Una joven doncella les abrió la puerta y les guió hasta la cálida estancia en donde les aguardaba el doctor Maurin. En cuanto éste vio sus chorreantes vestidos, se apresuró a invitar a Tace y la muchacha a acercarse a la chimenea y a despojarse de las empapadas ropas, que la doncella se llevó enseguida.

En pocos minutos, Maurin había dispuesto sobre una bandeja tres copas de fragante jerez seco, que Tace y Caroline se apresuraron a degustar. El vino, muy seco y vigoroso, devolvió

enseguida el color al juvenil rostro de Caroline.

—Pero siéntense, amigos míos. Condenada noche ésta, ¿no es verdad? —comentó Maurin, mientras los tres se acomodaban frente a las alegres llamas del hogar de roble que ardía en la chimenea.

Miró fijamente a Tace y dijo:

—Nobleza obliga, Eustace: usted tenía toda la razón. Encontré tres enormes diamantes en los intestinos de Beatrice Davis. Es el primer caso, pero estoy seguro de que aparecerán muchos más. Y ello sin tener en cuenta que es posible que algunos otros jóvenes desdichados hayan sido enviados a la tumba sin...

Se interrumpió vivamente y exclamó:

—Lo siento, discúlpenme. Mi interés por este asunto me ha llevado a olvidarme de que no es precisamente el mejor momento para hablar de ello. Imagino que deben de estar hambrientos y, por otra parte, el asado está ya dispuesto. Si quieren acompañarme, me ocuparé enseguida de solucionar ese pequeño problema.

Cenar en compañía del doctor Silvester Maurin fue mucho más agradable de lo que Caroline hubiera podido imaginar. Tras saborear un delicioso y caliente consomé, tomaron un excelente asado con guarnición de verduras, regado todo ello con un par de botellas de oporto tinto.

Tras los postres, tomaron una copa de *brandy* en el estudio de Maurin. Sentados nuevamente ante el fuego, el forense indicó:

—¿Puedo hablar claramente en presencia de la señorita Malvory?

Tace miró a la joven, indeciso.

—Por favor —suplicó Caroline—. Si se trata de algo que puede tener relación con la muerte de mi tío, me gustaría estar informada.

Tace asintió con un gesto y miró al forense.

—Le decía antes. Tace, que sus sospechas se han convertido en realidad. Beatrice murió víctima de una oclusión intestinal que degeneró en peritonitis. Parecía un caso de rutina, pero no lo era. Por eso, después de que usted me avisara telefónicamente, decidí practicar al cadáver una autopsia muy completa. El doctor Pulver y yo hallamos en el abdomen de la infortunada muchacha tres enormes diamantes que deben valer una fortuna. Naturalmente, me vi obligado a informar a la policía, a la que entregué esas gemas...

El médico movió reflexivamente la cabeza.

—No sé cómo pudo tragarse esas enormes píldoras. De todas formas, ahora sabemos que los diamantes llevaron a la muerte a Beatrice Davis —añadió.

Caroline que había escuchado en silencio hasta entonces, no pudo contenerse ahora.

—¿Es un relato terrorífico o se trata de algo real? —preguntó.

Tace se volvió hacia ella.

—Voy a explicarte la verdad —declaró—. Desde hace poco menos de un año, ha estado funcionando en Londres una organización singular. Sus agentes, muy jóvenes, se introducían en los círculos más «progres» de la ciudad. Ya sabes, esos ambientes en los que fumar hachís resulta de lo más natural. Establecían rápido contacto con drogadictos de la clase menos privilegiada, les surtían generosamente de «yerba» y otros alucinógenos hasta conseguir convertirles en personas sumisas como corderos. Luego surgía la proposición concreta...

—¿Qué clase de proposición?

—Le ofrecían un billete de avión y un centenar de libras. La proposición consistía en adquirir en los países asiáticos una cierta cantidad de mercancía. Les recomendaban que volviesen siempre a través de Sudáfrica.

—¿Por qué?

—Por lo general, los jóvenes encontraban en Ciudad de El Cabo amigos que les proponían un negocio adicional: pasar diamantes en bruto a Europa, concretamente a Londres. El sistema consiste en tragarse una cierta cantidad de diamantes poco antes de subir al avión. Estos jóvenes reciben unas instrucciones. Por supuesto, deben procurar no ingerir alimentos sólidos a bordo del avión y la menor cantidad de líquidos posible, todo ello con el objetivo de no visitar el retrete antes de pasar la aduana de Heathrow, ¿entiendes?

Caroline asintió con un movimiento de cabeza.

—A menudo, la policía detenía a alguno de estos «camellos» en la aduana, tras encontrarles unas pastillas de hachís o unos gramos de opio. Sin embargo, no importaba que fueran detenidos o incluso retenidos durante unos días. Lo que interesaba a la organización era la carga que los «camellos» llevaban en su vientre. Ya en Londres, no había más que esperar a que obrase la naturaleza y... recuperar la preciosa carga.

Tace tomó su copa de *brandy* y probó un sorbo. Chasqueó la lengua con deleite e hizo un comentario al doctor Maurin sobre la bondad del licor. Luego volvió su atención a la joven y prosiguió:

—Ese sistema funcionó bien durante un tiempo. Hasta que uno de los «camellos», un joven llamado Gerry Brown decidió que lo más justo era percibir una parte de los beneficios por el contrabando de diamantes, puesto que hasta entonces no había recibido más compensación que una pastilla de hachís o unas pocas dosis de L.S.D.

—Y se quedó con los diamantes —intervino el doctor Maurin.

—Exactamente. Gerry recuperó una docena de diamantes de tamaño medio, pero de una pureza considerable. Y los vendió por su cuenta. ¿El resultado? Los capitostes de la organización enviaron a sus esbirros tras el muchacho. Debieron encontrarle, pues a las pocas semanas se hallaron sus restos descuartizados en el interior de una máquina de picar piedra, en una cantera situada a unos treinta kilómetros de Londres.

Caroline se mostró vivamente impresionada.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¿Quiere eso decir que... le arrojaron a esa máquina de picar piedra?

—Evidentemente —aseveró Hughes—. Pero eso no es lo peor. Al parecer, la organización de contrabandistas decidió que lo mejor era no esperar a que otros «camellos» sintieran la tentación de imitar a Gerry Brown. Hace pocos meses, se dieron varios casos de desapariciones de jóvenes drogadictos. Algunos de éstos aparecieron a las pocas semanas. Muertos. Tenían el vientre abierto salvajemente. La organización se había apoderado de sus alijos de diamantes de la forma más brutal e inhumana.

Tace calló de repente.

Al cabo, Caroline se atrevió a hacer la pregunta candente:

—Esa chica a cuyo entierro acudimos, Beverly Claredon, ¿era uno de los «camellos»? —susurró, observando la expresión hermética de Hughes.

Tace asintió. En sus facciones, tan viriles, se reflejaba una intensa angustia.

—Sí, Beverly cayó en la trampa. Cuando salía del aeropuerto de Heathrow, unos jóvenes la recogieron en una furgoneta. No se la volvió a ver con vida. Su cadáver, destripado, apareció en un

vertedero de basuras de los suburbios —pronunció con voz ronca y vibrante.

Luego se bebió el *brandy* que quedaba en su copa de un solo trago. Y calló.

Tiró de la portezuela derecha y se acomodó con cierta dificultad en el asiento del conductor. Las llaves estaban en su alojamiento del tablero de instrumentos. Dio el contacto y el motor zumbó al punto, potente.

Un minuto después, abandonaba la residencia Maurin y ganaba Graham Street. Condujo directamente hacia el centro de la City.

CAPÍTULO X

Tace echó una ojeada al exterior a través de los visillos. En Graham Street, el viento soplabla con fuerza, pero no llovía. Era una mañana gris y desagradable y el firmamento se veía cruzado por negros nubarrones que anunciaban la inminencia de la tempestad.

A las ocho y media de la mañana, la doncella del doctor Maurin le sirvió un abundante desayuno en la cocina.

—El doctor Maurin dejó una nota para usted —le informó la doncella, después del desayuno.

Tace leyó la tarjeta:

«Querido Tace:

»Como imagino que necesita un medio rápido de locomoción, me he trasladado a la City en taxi. Le cedo, pues, mí “Datsum”, que encontrará en el garaje.

»Si tiene alguna noticia importante, no dude en comunicarse conmigo. Ya sabe dónde puede encontrarme.

»Nos veremos al anochecer.

»Saludos. MAURIN».

Caroline dormía aún.

«Necesita descanso. Dejaremos que siga durmiendo. En realidad, es mejor que pueda moverme libremente, sin la preocupación de la presencia de Caroline», pensó.

Dio un recado a Jenny, la doncella, respecto a la señorita Malvory, y se dirigió al garaje. Por un momento, contempló fascinado la bella silueta plateada del automóvil deportivo de Silvester Maurin.

«No puede negársele que Maurin entiende tanto de autopistas como de automóviles», pensó, satisfecho.

A las nueve y media, detenía el coche en Lander Lane. Bajó en el estrecho callejón y se dirigió a una puerta sobre la que se veía un rótulo de metal:

«ENTRADA DE ARTISTAS»

Empujó la puerta, caminó por un pasillo húmedo y oscuro, al final del cual brillaba, mortecina, una bombilla desnuda de escasa potencia.

A su oído llegó el eco cadencioso del piano que interpretaba un bailable con reminiscencias americanas. La música fue ascendiendo de potencia hasta que Tace accedió al patio de butacas.

Un grupo de guapas *vedettes* interpretaban un número musical en el brillante escenario. Durante unos segundos y desde la penumbra del lugar donde se hallaba, Tace admiró las largas piernas aterciopeladas, los sugestivos *shorts* de las bailarinas y sus bustos opulentos. Luego se dejó caer sobre una butaca y aguardó.

El estilizado individuo que dirigía a las coristas, indicó a estas que podían tomarse un respiro. Tace se puso en pie, abandonó el patio de butacas y ascendió a los camerinos.

Sandra Goldsmith se llevaba a los labios una plateada petaquita de licor cuando el hombre empujó la puerta y la cerró a su espalda.

—¿Keller? —preguntó el hombre.

Sandra descruzó las preciosas piernas embutidas en gruesa malla negra. Se volvió hacia la puerta y observó al hombre con interés.

—Tace Hughes, supongo —dijo, elevando de nuevo la petaca de licor—. Dave me dio un recado para usted. Si quiere verle, vaya al 73 de Titán Row. Es un edificio de oficinas comerciales. Dave tiene alquilada una de la tercera planta. Su nombre está en una placa. Lo encontrará enseguida.

Tace asintió con un gesto amable.

—¿Nada más? —dijo.

—Nada más. Si conoce a Dave, sabrá que no es un hombre muy expresivo. ¡Ah! Dígale que esta noche no estoy disponible: pienso cenar con un ejecutivo americano —respondió la mujer, irguiendo el opulento busto.

Tace dio las gracias y salió.

En el momento que sacaba el coche de Lander Lane pensaba en Dave Keller. Este individuo se ganaba la vida haciendo de

intermediario en peligrosos asuntos de toda índole, pero que podían producirle unos miles de libras con poco esfuerzo. Keller tenía habilidad para husmear aquí y allá, captar noticias y extraer conclusiones. Su redomada curiosidad le había producido ciertos quebraderos de cabeza y... algunas fracturas de huesos. La última vez que se había metido en un embrollo de cierto calibre. Dave Keller no había obtenido otra compensación que una rodilla fracturada. Como consecuencia, su pierna izquierda quedó rígida y Keller se vio convertido en un inválido.

—Son las consecuencias de practicar un juego tan peligroso como éste —se dijo Tace.

A las diez, aparcaba el «Datsum» en las proximidades del número 73 de Titán Row. Al bajar, dirigió una larga ojeada a la calle y luego sus ojos contemplaron durante unos segundos el gris edificio de fachada de ladrillos correspondiente al número 73.

No había nadie en el desnudo vestíbulo donde languidecía un amarillento ficus en una jardinera descolorida. Caminó hacia el arranque de la escalera y subió los peldaños tranquilamente.

«EXCLUSIVAS KELLER», decía la placa de metal dorado sobre una puerta de la tercera planta.

Tace se disponía a empujar la puerta cuando advirtió la huella de un pie calzado sobre el pavimento. Una huella ensangrentada.

Esperó unos segundos, indeciso.

Al cabo, empujó con el codo y la puerta se abrió.

Sus ojos se clavaron en el piso de gastado *parquet*, manchado aquí y allá por huellas de zapatos manchados de sangre. Se encontraba en una especie de salita de espera, con un desgastado tresillo, una mesita y varias revistas deshojadas. Había también un cenicero rebosante de colillas y una jardinera junto a la ventana.

Las huellas de pasos en rojo provenían de la puerta situada a la derecha, que aparecía entornada.

Allí estaba Dave Keller. Reposaba sobre su mesa de despacho, chorreante de sangre. Su cabeza colgaba a la izquierda. De su cabellera grisácea goteaba aún la sangre lentamente.

Tace, que había pertenecido al servicio de contraespionaje desde los veintiséis años, poseía una larga experiencia sobre hallazgos semejantes. A pesar de lo cual, no pudo evitar un escalofrío de pánico al contemplar el cadáver de Dave Keller.

Le habían partido ambas piernas por las rodillas y los brazos por los codos, de forma que sus cuatro miembros colgaban lánguidamente en una posición inverosímil, absurda.

Pero ¿por qué tanta sangre? La mesa metálica y los papeles que había sobre ella, aparecían completamente empapados del rojo líquido vital.

Lo descubrió enseguida, apartando con un dedo la chaqueta del muerto. Había docenas y docenas de incisiones poco profundas en el pecho, en el estómago y en el vientre. De allí había manado profusamente la sangre.

En lo más profundo de su alma. Tace Hughes se compadeció de Keller.

«Debió ser una muerte lenta y horrible —pensó—. ¿Qué sentiría cuando, después de quebrarle las piernas y brazos, se sintió morir desangrado?».

Echó una rápida ojeada al mueble archivador, a los cajones de la mesa metálica, incluso a la papelera. Un gesto decepcionado se formó en su rostro al no encontrar nada sugerente.

Procurando no mancharse las suelas de sus zapatos en las huellas sangrientas impresas por doquier en el pavimento, abandonó la oficina de Keller.

La noche anterior, poco antes de irse a la cama. Tace había llamado a la «Agencia de Recados Roos» desde la residencia del doctor Maurin. Una voz de mujer le dijo:

—Sí, hay un recado del señor Keller. Tiene gran interés en entrevistarse con usted. Si quiere encontrarle, vaya al Comedies Theater y pregunte por Sandra.

—¿Eso es todo?

—Sí, señor Wilson. El señor Keller insistió en una cosa: la urgencia del contacto. Buenas noches, señor Wilson.

¿Por qué tenía Keller tanto interés en entrevistarse con él?

¿Sólo por ultimar una posible transacción? Para Tace, había algo más. Era como... como si Keller quisiera hacerle una advertencia importante.

Por desgracia, aquel buscavidas estaba ahora muerto. Entrar en disquisiciones sobre la identidad de sus despiadados asesinos, no era asunto en el que Hughes fuera a perder el tiempo.

Salió a la calle. El viento soplaba con furia, arrastrando calle

adelante las basuras amontonadas a la entrada del callejón.

Detuvo el coche dos manzanas más allá, a cierta distancia de una cafetería. Bajó, cruzó la calzada en dos zancadas, entró en el establecimiento, pidió café y *brandy* y encendió un «Herbert Tareyton» del que fumó profundamente, reteniendo con placer cada bocanada de aromático humo.

Luego dio unos rápidos sorbos de la taza de café y probó el *brandy*. Hizo un gesto de desagrado mal disimulado y pidió el teléfono al camarero. Marcó el número, esperó, dio una profunda bocanada al cigarrillo.

—Agencia de Recados Roos. Dígame —se oyó la musical vocecilla de Lily.

—Soy Wilson. ¿Hay algún recado para mí?

Se produjo una pausa Sin duda. Lily estaba consultando su fichero de recados.

—En efecto, señor Wilson. En su ficha hay una nota que dice: «Marque urgentemente el teléfono SW-0456».

Por si le interesa saberlo, el recado se recibió hace unos cincuenta minutos —informó la chica.

—¿Puede decirme quién lo envió? —insistió Hughes.

—Lo lamento, señor Wilson. No hay ninguna anotación en ese sentido.

—Está bien. Gracias —respondió Tace. Y colgó.

Devolvió el teléfono al camarero, terminó el café y alejó la copa del *brandy* de sí. Mientras terminaba el cigarrillo, repetía mentalmente el número de teléfono que acababa de dictarle Lily: SW-0456.

¿No era aquél el mismo número de teléfono anotado en la tarjeta que le entregara Michael Roos a la entrada del Gasby's Club?

Buscó la tarjeta en su bolsillo y comprobó que había acertado. Aquel teléfono, según Michael Roos The Book, correspondía al apartamento de una amiga de su confianza. Esto podría significar que The Book tenía algún recado personal que darle.

Pidió de nuevo el teléfono y marcó el SW 0456.

Una bien timbrada voz de mujer le contestó a los pocos segundos.

—Soy Wilson. He recibido el encargo de comunicarme con este

teléfono —explicó Tace.

—Ah, sí, señor Wilson. Espere que tome la nota que me dictó Mike. ¡Aquí está! ¿Va a transcribirla, señor Wilson?

—Gracias, no es preciso. Le aseguro que no olvidaré una sola palabra. Adelante —la animó Hughes.

—Bien. Dice así. «Un mozo del aeropuerto de Heathrow telefoneó a la Agencia para dejar un recado para el señor Eustace Hughes. El hombre dijo que un caballero bien vestido, de unos cincuenta años, le había regalado veinte libras con la condición de que llamase a la “Agencia de Recados Roos” y dejase un mensaje para Tace Hughes. El recado que recogió Jenny en mi Agencia es éste: “EL TESORO LO GUARDA LORD CLINTON MARGRAVEY”» — leyó la mujer.

—¿No indica esa nota el nombre del mozo de Heathrow? — inquirió rápidamente Hughes.

—Sí. El hombre dijo llamarse Doug Payne. Añadió que sentía mucho haberse demorado en transmitir el mensaje. Olvidó el encargo de aquel señor y sólo lo recordó al encontrar esta mañana los dos billetes de diez libras en su uniforme de trabajo.

—Gracias por todo, señora. Buenos días —pronunció Tace. Y colgó. Pero retuvo el teléfono cuando el camarero intentó tomárselo para reintegrarlo a su estante, tras la barra.

Tace se sentía profundamente intrigado.

He aquí que un desconocido pagaba veinte libras a un mozo de equipajes para que le hiciese llegar aquel absurdo mensaje: «El tesoro lo guarda Lord Clinton Margravey». ¿Qué significado tenía aquel galimatías?

De improviso, alzó de nuevo el auricular y marcó el número de Heathrow. En información le dieron el número de la extensión de la sección de personal, de modo que marcó nuevamente y esperó.

—En efecto, señor. Doug Payne trabajaba como mozo de equipajes en el *hall* de llegadas internacionales. ¡Sí, sí! Precisamente hoy está de servicio en el turno de mañana. ¿Cómo? Hasta las dos de la tarde, señor.

Ahora sí colgó apresuradamente, miró el reloj y sacó algunos billetes, dos de los cuales dejó sobre la barra.

«Me estoy quedando sin blanca —pensó cuando volvía a la calle y al coche—. ¡Y pensar que el infeliz de Keller me ofrecía cien mil

libras por algo que no tengo! A este paso, me veré obligado a dar un sablazo al bueno del doctor Maurin».

A la una del mediodía. Tace Hughes se entrevistaba en Heathrow con Doug Payne. Entregó un par de libras al mozo de equipajes y pidió que le hiciese una descripción física minuciosa del que le había dado el encargo de llamar a la Agencia Roos.

Y cuando el hombre habló, a Tace no le quedó ninguna duda de que aquella persona era *sir* Danton Malvory.

Mientras conducía de regreso hacia Londres. Tace cavilaba intensamente. Dos cosas le preocupaban sobremanera. La primera, que *sir* Danton conociera y utilizara los servicios de la Agencia Roos. La segunda era el significado de aquella enigmática frase que Malvory había decidido comunicarle cuando se dirigía a tomar el avión en el que encontraría la muerte.

—«El tesoro lo guarda Lord Clinton Margravey» —pronunció varias veces en voz alta.

Y de repente su expresión concentrada se distendió y animó... ¡acababa de resolver el jeroglífico!

Un momento después, decidía telefonear urgentemente a varias personas. Una de ellas era Michael Roos, apodado The Book.

CAPÍTULO XI

El doctor Maurin se volvió súbitamente hacia Tace con la copa de jerez en la mano.

—¿Cuál es exactamente su idea. Tace? —preguntó el médico, escrutando con interés las facciones atezadas de Hughes.

Tace se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Mis jefes sospechaban que el contrabando de diamantes no era el interés principal de la organización criminal que causó la muerte a más de doscientas personas cuando un avión de la SAAL estalló sobre las Azores. La idea de «Ogro» William era la siguiente: los agentes del Este se habían servido de los mafiosos para pasar la información secreta desde Londres a Ciudad de El Cabo y viceversa. Le confieso que era una excelente idea. De la misma forma que es fácil pasar unos diamantes en el abdomen, resulta factible trasladar información microfilmada. A lo largo de las últimas fechas, comenzábamos a tener la esperanza de obtener alguna prueba en tal sentido, pero la muerte de *sir* Danton precipitó los acontecimientos. Ahora, más que nunca, estoy seguro de que Malvory averiguó algo en tal sentido. Y ello me anima a pasar a la acción. Por eso le pedí que telefonease a *míster* John Nickel, el notario de *sir* Danton. ¿Logró hablar con él?

—En efecto —respondió Maurin. Y dirigió una fugaz mirada a Caroline Malvory, que contemplaba a los dos hombres sentada junto al fuego.

—¿Y...? —murmuró Tace, impaciente.

—El señor Nickel está preocupado por la desaparición de *lady* Caroline. Naturalmente, yo no le dije que ella está aquí. Al parecer, *sir* Danton no era precisamente un pobretón en el momento de su muerte —observó con atención la expresión de Caroline y Tace y añadió—: Según Nickel, a Malvory no le habían ido mal las cosas en los últimos meses. Había ganado un par de veces a las carreras, lo

que le reportó unas sesenta mil libras. También había realizado recientemente unas inversiones en inmobiliarias por valor de ochenta mil. Consiguió saldar la hipoteca sobre Malvory Mansión e incluso compró una magnífica granja en el norte. En total: una fortuna de casi doscientas mil libras, que lega a su única pariente, la señorita Malvory aquí presente. ¡Ah, y una buena noticia para usted, Tace! *Sir* Danton incluye en su testamento diez mil libras para usted.

Tace tragó saliva. Así que, al final, el viejo se había mostrado particularmente generoso con él...

Y además estaba el «tesoro» que guardaba lord Clinton Margravey, y que indudablemente *sir* Danton había puesto en sus manos.

Pero ¿en qué consistía realmente tal tesoro? Tace tenía una vaga idea, pero ni siquiera quería exponerla en voz alta.

El doctor Maurin sirvió nuevas copas. Bebieron y luego pasaron al comedor. Mientras comían. Caroline dirigía frecuentes miradas a Hughes, que se concentraba en la labor de masticar concienzudamente un asado de liebre exquisito. Pero Tace no la miró ni una sola vez directamente.

Habían tenido una discusión cuando Tace llegó a la residencia del médico, poco antes de las siete de la noche. Caroline se mostró tensa e impaciente y afirmó que estaba dispuesta a acabar con aquella situación. Sencillamente, quería visitar al notario Nickel, conocer la situación en relación con su herencia y, lo que era peor, dejar de ocultarse.

Tace habló a la joven con extremada rudeza.

—¿Es que sólo te importa el dinero? ¿No comprendes, pequeña estúpida, que alguien tiene interés en hacerte desaparecer para siempre?

Luego se arrepintió de aquellas palabras, pues Caroline rompió en sollozos. Por eso había pedido al doctor Maurin que se pusiese en contacto con el notario: para que Caroline tuviese la seguridad de que nadie le iba a disputar su herencia, mucho más cuantiosa de lo que ella podía esperar.

Inútilmente se esforzó el amable Silvester Maurin en romper el silencio que pesaba en la mesa. Era un excelente conversador, chispeante y cordial, en cuya compañía cualquiera se hubiera

sentido muy a gusto. Pero Tace callaba, rumiando sus enrevesados pensamientos, y Caroline buscaba inútilmente su mirada.

Cuando terminó la cena, Maurin les ofreció una copa de licor y un rato de charla en el amable ambiente de su estudio-biblioteca. Pero Tace se excusó inmediatamente: dijo que había sido un día muy fatigoso para él y que necesitaba descansar.

Por su parte, Caroline había adoptado una actitud entre enfurruñada y altiva y se retiró enseguida a su dormitorio.

Cuando estuvieron solos. Tace susurró al oído de su amigo:

—En realidad, no me siento cansado en absoluto, doctor.

—¿Entonces? —respondió Maurin, desconcertado.

—Tengo algo que hacer esta noche. Pero era mejor apartar del asunto a Caroline —los ojos de Hughes se incendiaron en fugaz destello—. Me temo que mi aventura puede resultar especialmente peligrosa.

Si quería excitar la curiosidad de Maurin, lo consiguió plenamente.

—¿Cómo, de qué se trata? —preguntó inmediatamente el médico, sin disimular su excitación—. ¿Adónde piensa ir?

Tace no quería involucrar en su arriesgada expedición al hombre que le había recibido con los brazos abiertos. Pero, ante los ruegos insistentes del doctor Maurin, se vio obligado a darle una explicación.

—Pienso hacer una visita a Malvory Mansión —dijo—. He hecho varias llamadas allí a lo largo del día y en ninguna ocasión cogieron el teléfono, lo que parece indicar que los criados se han marchado y la casa está cerrada. Ello me anima a echar una ojeada a la mansión. Creo que *sir* Danton dejó escondido en alguna parte algo de sumo valor.

Y le explicó el significado del mensaje de Malvory le había transmitido a través de la «Agencia de Recados Roos».

En cuanto Tace calló, Maurin se mostró dispuesto a acompañarle.

—No voy a dejarle ir solo. Tace. Usted ha sido absolutamente franco conmigo y deduzco que hay muchas personas interesadas en terminar con usted. Aunque acabo de cumplir los cincuenta y dos años, me considero aún con las suficientes fuerzas y el ánimo necesario para respaldarle. Fui médico de la policía y poseo cierta

experiencia. Y una magnífica pistola automática Magnum. De modo que...

Para Tace, resultó imposible dejarlo fuera del asunto. Como, de todos modos, necesitaba el «Datsum» de Maurin para llevar a cabo su trabajo, acabó cediendo.

—Aún es temprano —opinó Tace—. Esperemos un rato. Daremos tiempo a Caroline para que duerma profundamente. Entretanto, ¿por qué no me ofrece una copa de su delicioso *brandy*, doctor?

Pasaron al estudio-biblioteca y tomaron asiento ante el fuego con las copas de licor en las manos.

Fuera rugía el viento y a veces el humo revocaba en la chimenea.

—Una noche maravillosa —comentó Tace, brillantes los ojos—. No será difícil penetrar en Malvory Mansión bajo la furia desencadenada de la tempestad.

Maurin parecía dominado por la excitación. Deseaba iniciar la expedición cuanto antes, pero Hughes no se decidió a ello hasta que dieron las doce de la noche.

A esa hora, ambos apagaron las luces y se deslizaron silenciosamente al garaje, embutidos en sólidos impermeables con capuchón.

Al salir, el cierzo helado y la lluvia les sacudieron con fuerza. Alzaron la puerta del garaje, se introdujeron en el «Datsum» —que conducía el médico—, y salieron hacia Graham Street con las luces apagadas.

Las largas avenidas de North Kessington aparecían desiertas bajo la furia de los elementos. Llovía a ráfagas y el viento zumbaba y hacía vibrar las planchas del coche, por lo que Silvester Maurin se esforzó en conducir con la máxima prudencia.

A la una de la madrugada se detenían a cierta distancia de Malvory Mansión. Desde la altura de Grovesnor Hill, Tace oteó la mole de la mansión a través de unos prismáticos.

—No hay una sola luz encendida —susurró—. Es el momento adecuado.

Bajaron del automóvil y avanzaron inclinados para soportar los embates del huracán. Un relámpago brilló en el terciopelo negro del firmamento, inundando de luz los aledaños.

Al fin, Tace tomó al médico de un brazo y ambos se agacharon bajo los muros de piedra que rodeaban Malvory Mansión.

Nuevamente se sucedían los cegadores relámpagos. Tace susurró al oído de su amigo:

—Aguardemos un instante. En cuanto brille el próximo relámpago, incorpórese y apréstese para escalar la tapia. Yo le ayudare.

Fue algo más que una ayuda. En el momento propicio, Maurin se puso en pie, saltó y se sintió impulsado con tal potencia que enseguida logró afianzarse en la cima del muro de casi tres metros de altura.

En cuanto a Hughes, Maurin no necesitó prestarle ninguna ayuda. Sus largas piernas se tensaron disparándole hacia arriba. Afianzó las manos, gateó, y ambos se dejaron caer al otro lado.

En la oscuridad, Maurin tropezó contra los cristales de un invernadero. Los fragmentos de vidrio tintinearon escandalosamente, pero un trueno retumbante apagó el estrépito.

—Venga tras de mí —susurró Tace. Y caminaron hacia la mole de Malvory Mansión.

Poco después. Tace le daba el ejemplo escalando ágilmente la reja de una ventana y saltando sin esfuerzos hasta la galería superior.

Rota una contraventana, Tace golpeó con el codo un cristal, introdujo una mano y descorrió la falleba interior, dejan de la vía libre para ambos. Cerraron el balcón y jadearon levemente en la oscuridad.

Tace conocía perfectamente la distribución de la casa. Cruzaron un enorme salón, alcanzaron un pasillo regio y se detuvieron ante la soberbia escalinata que partía del amplísimo vestíbulo de acceso a las dependencias interiores.

Tace, que llevaba una pequeña linterna en la mano, se apoyó en la balaustrada y dirigió el haz luminoso hacia abajo.

Maurin produjo un murmullo gutural de admiración al contemplar la bellísima escalera de mármol rosado y las dos hileras de bruñidas armaduras que flanqueaban el acceso al vestíbulo.

—Ahí está lord Clinton Margravey —susurró Tace al oído del médico—. Es la primera armadura de la izquierda y... ¡ahora lo entiendo mejor!

—¿A qué se refiere?

Aquella noche, *sir* Danton había bebido una copa de más y sus pasos eran poco firmes. Ello, unido a la agitación interior que debía sufrir, debió ser la causa de que perdiera el equilibrio cuando estábamos al final de la escalera, cerca de la armadura de lord Margravey, en la que se apoyó en el momento en que yo le sujetaba. No sé si lo hizo a propósito... —dijo Tace, pensativo—, o si todo fue obra del azar. Lo que intuyo ahora es que *sir* Danton pudo muy bien deslizar algo de pequeño tamaño a través de la celada de la armadura que usó su antepasado, lord Margravey.

Maurin jadeó un poco.

—¿A qué esperamos para comprobarlo? —propuso.

Descendieron.

Cautamente, Tace decidió asegurarse previamente de que nadie iba a gastarles una broma pesada. Comprobó el cierre de la sólida puerta labrada en roble y registraron sin prisas las dependencias y accesos de la planta baja. Tranquilizados ya, volvieron al vestíbulo.

—Penetremos en la intimidad del honorable lord Margravey —propuso Tace con ironía.

Y aferró la armadura de acero y la dejó sobre el jaspeado mármol del pavimento.

Desmontó fácilmente la parte inferior y puso boca abajo ambas piernas. Algo brillante cayó sobre el pavimento.

Tace cogió la pesada sortija de oro y rubíes y la examinó, desconcertado.

—*Sir* Danton la llevaba siempre en el anular. Jamás se desprendía de esta joya, incluso dormía con ella. Siempre...

Presionó la parte superior y las gemas destellaron con un brillo de sangre. Levantada la tapa de rubíes, se descubrió un hueco redondo de un centímetro de diámetro en el que descansaba una pequeña oblea metálica.

Maurin resopló con fuerza.

—¿De qué se trata? —murmuró.

—Ahora lo veremos —respondió Hughes.

Se llevó el minúsculo disco metálico a la boca y presionó sus bordes con los incisivos. Luego mostró el contenido de la cajita a Maurin: un diminuto microfilme.

—Así que... ¡éste es el secreto que guardaba lord Margravey! —

exclamó el médico sin poder contener su admiración—. ¿Qué secretos cree que pueden guardarse en esa minúscula película?

Tace le miro sonriente.

—Lo comprobaremos tranquilamente, lejos de aquí —respondió. Y se guardó el pequeño disco en un bolsillo—. Ahora, por favor, ayúdeme. Esforcémonos en conseguir que lord Margravey recupere su digna posición vertical.

Montaron la armadura en pocos minutos. Se disponían a colocarla sobre su pedestal de piedra, cuando en algún sitio se produjo un gran estrépito.

Tace dejó apoyada la armadura sobre el muro y se volvió hacia las alturas, enfocando su linterna.

Un bello macetero de alabastro acababa de desplomarse sobre el pavimento. Sus pedazos rodaban en todas direcciones.

—¡Allí! —gritó Maurin, excitado, al distinguir una sombra que corría aceleradamente al borde de la balaustrada.

Estaba tan nervioso que sacó apresuradamente la pistola Magnum del amplio bolsillo de su impermeable y disparó atolondradamente dos veces.

Maurin se mostró muy sorprendido al escuchar el grito de advertencia de Hughes. Pero aún se asombró más cuando Tace le golpeó con terrible fuerza en la muñeca armada, obligándole a soltar la pistola, que cayó al suelo.

Desconcertado y tenso. Maurin se sintió zarandeado por Tace, que gritaba:

—¡Por amor de Dios, doctor! ¿No se dio cuenta de que estaba disparando sobre Caroline?

—¿Caroline? —murmuró el médico, pálido.

Arriba se oyó un gritito.

Tace se lanzó escaleras arriba, seguido inmediatamente por el estupefacto doctor Maurin.

Encontraron a Caroline, tendida de bruces y sollozando de puro miedo.

—Vamos, levántate y explícanos qué diablos hacías aquí —ordenó Tace a la joven.

Pero su pánico era tan grande, que Caroline permanecía inmóvil con las manos protegiendo su cabeza.

Al fin. Tace la elevó de un brusco tirón.

—¿Cómo supo que se trataba precisamente de Caroline? —preguntó Maurin, perplejo, mientras Hughes se esforzaba a tranquilizar a la muchacha.

Tace rió en la penumbra.

—Vi un destello dorado en lo alto. ¿Ve estos cabellos? Sus reflejos, su color de oro es inconfundible para mí. Además, tuve una súbita premonición. Por fortuna, conseguí evitar que usted siguiera disparando; caso contrario a estas horas tendríamos que lamentar un...

Se interrumpió y escrutó con fijeza los ojos claros de la muchacha.

—La culpa es tuya, pequeña. ¿Por qué nos seguiste? —exigió.

Caroline contuvo un sollozo.

—Sospeché que pensabas venir aquí —confesó—. Además... tenía miedo por... por ti. Fingí dormir, pero estuve espionando desde mi ventana. Vi salir el coche del doctor Maurin y comprendí que mi intuición no había fallado. Inmediatamente, pedí un taxi por teléfono y vine hasta aquí. Lo de más... Bien, sé muy bien cómo penetrar en Malvory Mansión. Dentro ya, vi brillar un destello luminoso en el vestíbulo. Estaba espíandooos, cuando empujé un macetero accidentalmente y...

Tace jadeó profundamente.

—Merecías esa azotaina que tantas veces pensé darte. Por desgracia, ya no eres una niña y de poco valdría azotarte. ¿No comprendes que nos has dado un susto de muerte?

Caroline asintió, compungida. Maurin intercedió por ella:

—No la atormente. Tace. Su intención era buena.

—Está bien —susurró Hughes, soltándola—. Coloquemos adecuadamente a lord Margravey y salgamos de aquí.

Diez minutos más tarde saltaban nuevamente los muros de la mansión. Corrieron bajo la densa lluvia hacia el coche de Maurin, se introdujeron en él apresuradamente y partieron.

Eran casi las tres de la madrugada, cuando Tace Hughes apartó sobre la mesa del estudio el aparato óptico que el doctor le había facilitado para examinar el microfilm.

—¿Qué? —estallaron a coro Caroline y el médico, que no habían interrumpido una sola vez a Hughes desde que se sentara a escrutar la finísima película.

—¡Todo, está todo lo que me interesaba saber! —respondió, inquieto—. Os aseguro que «Ogro» Williams despertaría bruscamente en su lecho si pudiera intuir que estoy en posesión de lo que él ha estado persiguiendo durante tantos años.

—Pero... ¿qué es exactamente? —indagó Silvester Maurin.

—Una relación-informe cuidadosamente redactada —susurró Tace con voz sigilosa—. Se exponen métodos, planes, listas de nombres bien conocidos. Los servicios de contraespionaje podrán desarticular fácilmente las redes de espionaje del Este en toda Europa Occidental.

Su respiración se tornó agitada.

—Pero hay más —confesó—. En esa pequeña cinta está la posibilidad de tomarme la revancha que he estado esperando pacientemente durante tantos años...

Calló. Parecía meditar tensamente. Caroline, que espiaba su expresión, no pudo contenerse:

—¿Qué estás tramando. Tace? Te conozco, sé que estás urdiendo algo terrible —exclamó preocupada.

Hughes alzó la mirada y contempló alternativamente a la joven y a su amigo.

Luego, de improviso estalló en una incontenible carcajada.

—¡Tienes razón. Caroline! —confesó—. Acaba de ocurrírseme una idea. ¡Voy a gastar a algunas personas la broma más exagerada que puedan imaginarse!

Volvió a reír con toda su alma.

Luego se tornó súbitamente serio y se dirigió al teléfono:

—¿Roos? Siento haberle despertado a hora tan intempestiva, pero estoy seguro de que le gustaría librarse de un tipo muy desagradable. Se trata de... —Bajó la voz y rodeó el micrófono con sus enormes manazas antes de seguir hablando.

CAPÍTULO XII

Michael Roos descendió al garaje y caminó despacio hacia su flamante «Mustang» azul.

Estaba introduciendo la llave en la portezuela, cuando escuchó tras de sí aquellos aplomados pasos.

Se volvió y entrevió la rechoncha y maciza silueta de Gordon Holloway a contraluz del único foco que iluminaba el sótano.

—Buenos días. The Book —pronunció Holloway, desgano—. ¿Alguna novedad?

Roos se atragantó. Pero contestó inmediatamente:

—¿Novedad? Ninguna. Además, escúchelo de una vez: empiezo ya a cansarme de que esté presionándome constantemente —protestó con calor—. Soy un ciudadano honesto, observo las leyes, me gano la vida honradamente, pago mis impuestos... ¡Y usted parece empeñado en hacerme la vida imposible!

Pero Holloway le acogotó rápidamente sobre el costado del automóvil. Roos era delgado y débil, por lo que a Holloway no le costó demasiado esfuerzo dominarle.

—No me vengas con quejas, Michael. Tú sabes que puedo encerrarte por el resto de tu cochina vida —vibró la voz de Holloway—. ¿Crees que puedes engañarme? Sé muy bien que has recibido alguna noticia acerca de Tace Hughes. Te lo juro —siseó con voz helada—, te aplastaré como a una cucaracha si no colaboras conmigo.

El pánico se reflejó en las delgadas facciones de Michael Roos. Viéndole tan azorado y temeroso, Holloway tuvo la seguridad de que le ocultaba algo. En consecuencia, aferró a Roos por la garganta y le aplastó materialmente sobre las planchas del coche.

—¡Habla! —rugió, apretándole la tráquea sin compasión.

Michael resopló con dificultad. Alzó una mano, a punto de ahogarse, y Holloway le dio un respiro.

—¿Qué es lo que sabes? —Le apretó, acosándole con la mirada de sus fríos ojos grises.

—Hu... hubo una llamada para Hughes. El hombre que hablaba, ¡hoc! —carraspeó—, no se identificó, pero tenía un acento extraño, extranjero... ¡hoc! ¿Comprende?

—Comprendo muy bien, Michael. ¡Sigue! —Un brillo de interés animaba los ojos del fornido Halloway.

—Pedía algo a Hughes. Y ofreció una cifra muy alta.

—¿Cuánto?

—Dos... ciernas mil libras en la moneda que Hughes exigiese —tartajeó Roos.

—¿Qué más?

—Nada más. Luego... Bueno, usted no me deja alentar. Llamó Hughes, mis chicas le dieron el recado por teléfono. Y él dejó otro, a su vez, para la persona que había hecho la oferta.

—¿Qué dijo Hughes?

—Yo no puedo entenderlo. Dijo: «Sí a las doscientas mil libras». Y añadió: «Doy la comprobación de la autenticidad de la mercancía». Y citó unos nombres.

—¿Qué nombres? —exigió salvajemente Halloway.

—No puedo recordarlo todo, pero se me quedaron grabados algunos nombres:

Rodman, Angeley, McGill, Merck... —resopló con fuerza y gritó —: ¡No recuerdo más, no soy una cinta magnetofónica!

Los ojos de Halloway recobraron su tono gris de hielo. Pero sus manos aflojaron la presa.

Durante unos segundos, su mirada quedó fija en Roos. Pero no le veía. Estaba pensando en otra cosa.

Y finalmente:

—Está bien. Michael. Puedes marcharte. Pero no lo olvides: has de tenerme al tanto de todo lo relacionado con Hughes. En caso contrario...

Roos murmuró una protesta. Según él, los mensajes de sus clientes debían ser protegidos por el secreto. Pero al final murmuró, acobardado:

—De acuerdo, haré lo que me pide.

Subió al «Mustang», puso el motor en marcha y el automóvil se deslizó hacia la rampa de salida.

Halloway permaneció aún unos minutos en el garaje. Pensativo, rascaba pausadamente su redondo mentón.

Luego suspiró profundamente y ganando la escalera que llevaba a la superficie, se marchó.

La cita se llevó a cabo en The Yellow Butterfly, un parador de turismo situado en las colinas de Mount Karoon, a unos cien kilómetros de Londres.

Tace Hughes no demostraba el menor nerviosismo, a pesar de que llevaba aguardando tres horas en un ángulo del bar del parador.

Sin embargo, la procesión iba por dentro. Había escogido como punto de reunión The Yellow Butterfly porque se trataba de un lugar muy concurrido. Y él necesitaba algunas garantías —dictadas por la desconfianza—, para llevar a cabo la transacción con los hombres del Este.

Curiosamente, apenas se habían detenido dos o tres coches en el albergue desde que terminara el almuerzo, poco después de la una del mediodía. Ahora eran las cuatro. Seguía lloviendo torrencialmente, pero Tace intuía que el persistente aguacero no era la única causa de que el concurrido parador se viera desierto aquella tarde.

También el bien decorado bar estaba vacío, a excepción de él mismo y los dos camareros que atendían la barra. Eran dos hombres de cierta edad, extremadamente amables, pero que se movían con excesiva rigidez y parecían extrañamente pendientes de cada uno de los gestos del hombre que ocupaba una mesa junto al ventanal del ángulo más apartado.

A medida que transcurrían los minutos, iba aumentando la tensión interior de Tace Hughes. Oteaba insistentemente la carretera a través de la amplia cristalera y veía cruzar los automóviles, pero ninguno de ellos se detenía ante el parador. Y, sin embargo, diariamente el bar y las restantes instalaciones de The Yellow Butterfly solían estar abarrotadas a aquella hora.

Miró hacia los dos hombres de la barra. Y observó que no le perdían de vista ni un solo momento.

—Un *brandy*, por favor —pidió. Y los dos hombres se pusieron en movimiento como si se tratara de robots dirigidos a control remoto.

Paladeó sin ganas el fino licor de importación.

Comenzaba a arrepentirse de haber ideado aquella descomunal jugada. «La mayor broma de todos los tiempos», se había pavoneado ante el doctor Maurin y Caroline Malvory. Pero ¿no resultaría Tace Hughes víctima de sus propias ansias de revancha?

Se había distraído momentáneamente, cuando alzó vivamente la mirada al escuchar el chirrido de unos frenos.

Un enorme automóvil negro acababa de detenerse en la zona de aparcamiento del parador. Pero no un solo vehículo, sino tres, cuatro, hasta seis vehículos igualmente flamantes y pintados de negro charolado.

Varios individuos, que vestían anticuadas gabardinas, brotaron de los coches y quedaron en el exterior, aunque ocupando estratégicas posiciones frente a la fachada de The Yellow Butterfly.

Tace no podía controlar los movimientos de aquellos hombres, pero suponía que algunos de ellos habían rodeado el aislado edificio, dispuestos a vigilar estrechamente el lugar en todo su perímetro.

Algunos hombres aguardaban en el interior de los automóviles y los demás aguantaban estoicamente el aguacero en las inmediaciones. Pero Tace pudo comprobar que vigilaban sin pestañear la carretera y los accesos al parador.

Luego descendió alguien de uno de los vehículos. Otra persona abrió un paraguas, que sostuvo servilmente sobre su cabeza para evitar que se mojase bajo la lluvia. Por un momento, ambos personajes desaparecieron del campo de visión de Hughes. Luego se movió la puerta giratoria...

Un hombre de mediana estatura penetró en el bar y dirigió una rápida mirada hacia el lugar que ocupaba Hughes.

Ni Tace ni aquel individuo delgado y cetrino, de pómulos prominentes, mentón cuadrado y negros ojos inquisitivos se habían visto personalmente jamás. A pesar de lo cual, cada uno reconoció al otro instantáneamente.

El hombre que acababa de entrar en el bar se llamaba Nikolai Holkovitch. Tace había visto centenares de veces sus fotos de carnet y sabía muchas cosas sobre el peligroso y hábil agente.

Un momento después, penetraron en el bar otros dos individuos que se dirigieron rectamente a la barra como si se dispusieran a

consumir alguna bebida. Pero los camareros seguían observando a Hughes sin pestañear, lo que significaba que aquellos dos individuos de oscuras gabardinas pasadas de moda no eran otra cosa que guardaespaldas de Nikolai Holkovitch.

—¿Hughes? —preguntó innecesariamente Holkovitch.

Tace se puso ceremoniosamente en pie y forzó una sonrisa.

—Hughes, en efecto. Por favor, siéntense junto a mí.

Era un hombre del Este y no podía disimularlo a pesar de que se expresase en inglés sin el menor acento, a pesar incluso del aroma de su discreto masaje facial y de las ropas de precio, pero anticuadas y hediendo a naftalina.

No se estrecharon las manos. Tace señaló un cómodo sillón con un ademán amable y Holkovitch se sentó sin prisas.

Cuando Tace le invitó a tomar algo, el agente del Este pidió un té, que le fue servido enseguida con evidente nerviosismo por parte del camarero, que depositó una bandeja plateada sobre la mesa de nogal.

Hughes probó un sorbo de *brandy*, sacó un paquete de «Herbert Tareyton» y ofreció un cigarrillo a su interlocutor. Fue evidente el espontáneo ademán de Holkovitch: alargó la mano para tomar el cigarrillo de Hughes, pero debió arrepentirse y sacó de su bolsillo un paquete de cigarrillos negros, encendió uno y lanzó al aire una apetosa nube de humo, que Tace aventó rápidamente con un abaniquero de su mano.

Se miraron. Trataba cada cual de estudiar las intenciones del contrario.

—¿Y bien...? —dijo finalmente Hughes—. ¿Todo de acuerdo? Holkovitch no parpadeó siquiera.

—Eso espero —dijo escuetamente.

—¿Ha traído el dinero?

Holkovitch se volvió. Uno de los hombres de la barra se acercó con un maletín de considerables proporciones, que dejó en el suelo al alcance de su jefe.

El agente de la red del Este en Europa Occidental clavó su vista en el rostro atezado de Tace Hughes.

—¿Y usted? —pronunció—. ¿Ha traído lo que me prometió?

Una indefinible sonrisa distendió los gruesos labios de Hughes.

—Compréndalo, amigo mío: no soy un ingenuo —respondió—.

Pero tengo una prueba para usted.

Sacó una cartulina del bolsillo y la tendió a su visitante, que la tomó ávidamente y la leyó con ansiedad.

Tace sabía muy bien lo que Holkovitch iba a leer. Una lista parcial de nombres: Brad Rodman, Dick Angeley, Guy McGill, Edmund H. Merck. Exactamente los nombres que Michael Roos había repetido ante Halloway.

Holkovitch parecía satisfecho.

—Como ha dicho, esto supone una prueba de que usted tiene lo que me interesa. Pero ¿dónde está el original? —formuló el hombre del Este con voz monótona, como si el asunto no tuviera el menor interés para él (cuando Tace sabía que de aquella transacción dependía el futuro y la seguridad del propio Holkovitch).

—Está a buen recaudo y se lo entregaré esta misma noche, cuando haya depositado el dinero en lugar seguro —anunció.

—Supongo que obra sinceramente, que no ha obtenido copias con las que...

—Le juro que no he sacado copias. Me interesa este dinero y le daré a cambio lo que a usted le interesa —pronunció Hughes, impasible.

—¿Dónde, cuándo? —dijo Holkovitch con repentina urgencia.

—Esta noche a las once. ¿El lugar? Malvory Mansión, en las afueras de Londres. Allí estaré esperándole.

El exiguo pecho del hombre del Este se hinchó levemente.

—Voy a entregarle el dinero, Hughes —murmuró con voz silbante—. Dentro de unos minutos, me marcharé de aquí. Pero acudiré puntualmente a la segunda cita. Espero, por su bien que no haya tenido la tentación de burlarse de mí —la respiración de Holkovitch se hizo silbante y dificultosa por la tensión—. Usted me conoce bien, Hughes. Y sabe que no podría escapar aunque se escondiera a cinco mil metros bajo la corteza terrestre.

Tace simuló indignarse.

—¿A qué viene eso? Soy consciente de que mi discreción y mi formalidad depende de mi seguridad. Tanto como del éxito de este entendimiento depende nuestro futuro, amigo mío. Puede contar con que le estaré esperando en Malvory Mansión esta noche —dijo.

Holkovitch se puso rígidamente en pie. Escrutó a Hughes con una intensidad agobiante y finalmente se inclinó, tomó el maletín y

lo depositó sobre la mesa.

—Estoy seguro de que cumplirá —dijo.

Dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Sus guardaespaldas estuvieron unos segundos vigilando a Hughes y al cabo cuadraron los hombros y salieron en pos de su poderoso jefe.

Tace permaneció inmóvil, sin moverse de su asiento.

Vio cómo los hombres de las anticuadas gabardinas iban replegándose aprisa, se reunían cerca de los automóviles y se introducían en los vehículos.

Los negros coches de gran cilindrada se pusieron en marcha y ganaron la carretera, dirección Londres.

Sólo entonces se permitió Tace un leve respiro.

—¡No puedo creérmelo! —se dijo, regocijado.

Pero no abandonó aún su vigilancia.

Los camareros ya no le vigilaban en aquella actitud rígida del principio y algunos automóviles comenzaban a detenerse en el parador. Una oleada de fresca penetró con las dos parejas de jóvenes que llegaron poco después al bar, riendo y bromeando desenfadadamente.

Pero Tace aún desconfiaba. No concebía que aquel maletín donde se suponía descansaban ordenadamente doscientas mil libras esterlinas no encerrase alguna trampa. ¿O tal vez el dinero no estaba en el maletín y era Holkovitch el que pretendía burlarse hirientemente de él?

Entraron otras tres personas. Maldecían de la lluvia y del frío, pero parecían bien dispuestas a acabar con las existencias de cerveza. A los pocos minutos, el bar estaba lleno y nadie prestaba atención al hombre que ocupaba la mesa del rincón.

Entonces, Tace alzó las manos, atrajo el maletín sobre su regazo y soltó delicadamente los cierres. Contuvo la respiración cuando alzó la tapa. Y dentro... vio los apretados y tersos billetes ordenadamente colocados en fajos. Los palpó, un tanto pensativo, y supo que era dinero legal, absolutamente legal, impreso lícitamente en Londres en la casa de la moneda del Banco Nacional.

Allí estaban sus doscientas mil libras. Limpiamente ganadas con tantos años de riesgos y zozobras. Era justo que, finalmente, obtuviese una compensación adecuada. Sólo que... no acababa de fiarse.

Cerró el maletín con mimo, lo dejó en el suelo y llamó al camarero, que dejó la nota sobre la mesa. Pagó espléndida mente, pues añadió una propina del triple del importe. Y se dispuso a salir.

—Aún no puedo creérmelo —murmuró cuando se dirigía a la salida.

Imaginaba que la oscuridad incipiente del exterior estaría poblada de vagas sombras de acechantes hombres del Este. Gentes sin escrúpulos, con las manos hundidas en los bolsillos, donde los dedos oprimían sin piedad eficientes pistolas fabricadas en...

Ahora todo dependía de Caroline y del doctor Maurin. Confiaba en ellos, pero podían fallar. Un incidente imprevisto a última hora... Porque viajar por carretera más de cien kilómetros con aquella enorme suma de dinero encima le ponía literalmente los pelos de punta.

Salíó al exterior y caminó rápidamente hacia la estación de servicio situada a unos ciento cincuenta metros de distancia. Y aunque caminaba como si el suelo estuviese sembrado de huevos de gallina, llegó a la gasolinera sin ningún contratiempo.

Saludó a los empleados, entró a los servicios... y se escurrió rápidamente al taller de reparaciones a lo largo del pringoso pasillo.

¡Allí estaba el coche fúnebre!

Y allí estaba Caroline, la deliciosa y animosa Caroline, vistiendo un feo uniforme gris excesivamente ancho, con una gorra de visera charolada ocultando su maravillosa cabellera rubia y unas horribles gafas de montura de carey deforman de sus clarísimos ojos de color azul transparente.

También estaba a su lado el animoso doctor Maurin, vistiendo igualmente un uniforme de empleado de funeraria.

No le dieron siquiera tiempo a recuperar la respiración.

—¡Vamos! —clamó Caroline con urgencia.

Y abrió el portón trasero del coche fúnebre. Maurin le arrebató el maletín de las manos y lo colocó bajo la muralla de crisantemos que llenaba los laterales del vehículo.

No dudó ni un momento. Aflojándose la chaqueta, Tace Hughes saltó al interior del vehículo y se acomodó en el interior acolchado del gran féretro de caoba.

La tapa se desplomó sobre él, cortándole el aliento.

Y enseguida notó que el coche se ponía en marcha, crujían las

maderas del ataúd, petardeaba el escape y el aire se impregnaba de aromas de flores funerarias.

Tace Hughes y sus doscientas mil libras esterlinas rodaban sobre la carretera camino de Londres.

CAPÍTULO XIII

Halloway despertó bruscamente cuando soñaba aquel desquiciado delirio en el que se veía convertido en reyezuelo tiránico de los habitantes de una isla del Pacífico Sur.

Torpe y desconcertado, se incorporó sobre el sofá del tresillo y miró, desorientado, a su alrededor buscando la causa de su súbito despertar. Al fin oyó el tintineo zumbante y perturbador del teléfono y se puso en pie, inseguro, todavía inmerso en la modorra de la improvisada siesta.

Cruzó la habitación y descolgó, malhumorado.

—Halloway... —Era como una cantinela, como una lección aprendida de memoria, a base de repetir y repetir.

Le respondió una voz en la que vibraba la urgencia y la cautela.

—Señor Halloway, soy Michael Roos. Hace un momento, mis chicas me han avisado acerca de un recado de Tace Hughes...

Halloway despertó completamente. El milagro lo producía aquella palabra: Hughes.

—Le oigo. Diga.

—Ya sabe que no quiero comprometerme y... ¡Ya, ya, a eso iba! El extranjero que dejó ayer un recado para Hughes, ha vuelto a llamar. Preguntaba a Tace dónde debían citarse para llevar a cabo la transacción. Y...

—¿Qué? —Se atragantó Halloway.

—Hughes llamó a mediodía. Dijo: «La cita es en casa de *sir* Danton». ¿Sabe usted algo de eso? —preguntó Roos, dubitativo.

—¡¡Sí, maldita sea!! —tronó Halloway, al colmo de la ansiedad—. ¿Y qué más?

—Bueno, el guiri acaba de llamar y ha recogido el recado. No hay más —dijo Roos.

Halloway colgó sin darle las gracias. ¿Gracias? ¡Bueno estaba él para andarse con gentilezas y cumplidos!

Pero descolgó nuevamente y marcó otro número.

—Halloway —dijo. Y escuchó atentamente—. Sí, será mejor que vengáis aquí inmediatamente. ¡He dicho inmediatamente, estúpidos! —vociferó.

Y colgó con tal violencia que el teléfono, arrancado de la pared, cayó ruidosamente al suelo.

Esa noche, la residencia de *sir* Danton Malvory semejaba un ascua de luz. O, como hubiera dicho literariamente el sensible Tace Hughes, una luciérnaga radiante en medio de la noche.

Y el caso es que la persistente lluvia había dejado de caer al final de la tarde, aunque los rosados tonos del firmamento auguraban una noche fría y desapacible.

En el office, Tace se sirvió una copa del viejísimo *brandy* español —reserva 1940—, de una de las escasas botellas que aún quedaban en la bodega del malogrado *sir* Danton.

Eran las once menos diez de la noche. El viento estaba en calma y hasta los oídos de Tace no llegaba el menor rumor discordante. Y de pronto se produjo el cataclismo: arriba se oyó un estrépito de cristales rotos y simultáneamente varias puertas y ventanas saltaron deshechas en añicos.

Calmosamente. Tace salió al vestíbulo con la copa en la mano. Nikolai Holkovitch, embutido en su gabardina con olor a naftalina, acababa de penetrar en la mansión a través de la artística puerta tallada en roble y que... acababa de destrozar el parachoques de una furgoneta gris.

Arriba se oyeron carreras y gritos. Varios individuos que empuñaban metralletas aparecieron en lo alto de la galería. Tace contó catorce hombres, entre los de la planta superior, los que rodeaban a Holkovitch y los que permanecían en el exterior vigilando la residencia.

—¿Para qué tanto ruido? —preguntó sin perder el cortés tono. Y sin esperar la respuesta del jefe de la red de agentes del Este, alzó la copa y bebió el *brandy* con delectación, entornados los ojos.

—¡Déjese de idioteces! —bramó Holkovitch, perdida toda compostura—. ¿Dónde está el microfilme?

—En el mismo lugar en que lo depositó *sir* Danton Malvory —respondió amablemente Tace. Y señaló la armadura de lord Clinton Margravey.

Como Tace se encontraba precisamente al lado del arnés metálico. Holkovitch lo apartó de un codazo, sin demostrar la menor consideración.

La venerable armadura del viejo guerrero sajón cayó al suelo con estrépito y sus numerosas partes se desencuadernaron con estrépito. Varios de los «gabardinas negras» de Holkovitch se precipitaron sobre las piezas de acero y escudriñaron, ansiosos, sus recovecos. Y enseguida, uno de ellos gritó un vocablo gutural y mostró a su jefe una abultada sortija de oro y rubíes, que Holkovitch se apresuró a arrebatarse con un gesto triunfal.

En ese momento, desde el exterior, llegó un extraño rumor. Se diría que un pesado automóvil todo-terreno avanzaba a través del parque arrancando árboles de cuajo. Y así era, en efecto.

Fuera, sonaron algunos secos disparos. Y luego una masa de materia viscosa penetró en el *hall* con gran potencia. Era como una tromba de pasta densa que golpeó el pecho de Holkovitch, embadurnó su rostro y sus cabellos y le derribó de espaldas, tan potente era el chorro que disparaban desde el camión.

En unos instantes, el vestíbulo quedó inundado de la pasta marrón, que exhalaba un hedor insoportable y abatía hombres como un huracán e inutilizaba eficazmente las armas de fuego que empuñaban los agentes del Este.

Tace se había colocado una máscara en cuanto vio surgir el chorro a través de la puerta destrozada. De todas formas, y por si surgían disparos, se dejó caer prudentemente al suelo.

El chorro cesó con un silbido ominoso. Y en el mismo momento, el morro de un vehículo blindado penetró violenta e irrespetuosamente en el solar de los Malvory. Tace permaneció inmóvil en el suelo. Sabía que su cuerpo, completamente cubierto de pasta maloliente, tenía el mismo aspecto que los de los agentes del Este, los cuales habían aspirado el gas tóxico que emanaba la pasta burbujeante y permanecían caídos en el *hall* por doquier.

Pero a Tace no le valió la treta. Alguien que acababa de descender del vehículo, se acercó a él y le propinó un vergonzante puntapié en las posaderas.

—¡Levántale, Tace! —Escuchó el grito feminoide.

Se levantó, qué remedio. Pasmado de asombro vio a Giorgio, el valet de chambre del difunto *sir* Danton, que le encañonaba con una

corta ametralladora

M-10

Marietta. Tace apenas pudo disimular una sonrisa al ver el vendaje que tapaba la segada oreja izquierda de Giorgio.

De todas formas, el antiguo criado le arrancó la careta de un zarpazo. Y luego aparecieron Doleman, el chófer de *sir* Danton. Y Roos, el caballero. Y también la estirada *mistress* Morse, el ama de llaves, que vestía ridículamente unos pantalones totalmente insuficientes. Y Hetty, la cocinera; Brandee, la doncella...

Y finalmente la recia pero baja figura de Gordon Halloway.

Todos llevaban armas en la mano y sabían muy bien lo que podían hacer con ellas.

—¿Dónde está? —preguntó Halloway fríamente. Su tono decía bien a las claras qué era lo que le interesaba.

Pero Tace disimuló.

—¿A qué vienen esas prisas, jefe? Ya los tenemos. La plana mayor de los agentes del Este a su disposición. Y entre ellos, el capitoste principal: Nikolai Holkovitch, cerebro de la red de Europa Occidental. Ya lo ve, le he servido al enemigo en bandeja de plata.

El redondo mentón de Halloway se agitó en un perceptible temblor.

—¿Dónde está, Tace? —repitió, con un desagradable, castañeteo de dientes.

—Holkovitch lo tiene. Estaba en... —dijo. Pero Doleman le apartó de un empujón que dio con Hughes en tierra y se inclinó sobre el jefe del Este, al que para poder identificarle hubieron de refregar el rostro entre varios de los «servidores» de *sir* Danton.

En cuanto Halloway lo hubo reconocido, llevaron a Holkovitch contra la pared. Parecía un muñeco roto cuando Halloway introdujo el revólver en su boca y disparó hasta agotar el tambor.

Hughes dejó escapar una desgarrada carcajada.

—Sé por qué has hecho eso, Gordon Halloway: para evitar que el hombre del Este pudiera delatarte si cala en nuestras manos finalmente —pronunció con sarcasmo.

Giorgio le largó una patada en los testículos. No alcanzó a Tace en el lugar adecuado, pero éste se dejó caer al suelo y se retorció teatralmente sobre sí mismo.

Halloway registraba el cadáver del hombre del Este con

ansiedad. Y su rostro redondo y brillante resplandeció al sacar a la luz la sortija de oro y rubíes.

Miró con malicia a Hughes, que simulaba magistralmente una náusea. Y dijo:

—Ésta es mi seguridad, Tace. Para mí, todo dependía de esto. ¡Y ahora lo tengo! Ya lo sé... Tú sospechaste desde el principio que yo me entendía con el Este. Pero aún ignoras muchas cosas, pobre gusano... ¡Fui yo quien organizó la red del contrabando de diamantes con Sudáfrica! Sí... Me he enriquecido. Poseo tanto dinero como tú jamás podrías imaginar. Pero tú eras un escrupuloso. ¿Recuerdas el asunto de Roma? Fui yo quien preparó tú caída. Ahora, Giorgio se encargará de ti. Te odia más que yo aún.

Encontrarán tu cadáver en la compañía de estos tipos del Este y el fabuloso «Ogro» Williams sacará sus propias consecuencias. ¿Recuerdas a Keller? Giorgio se encargó de él, siguiendo mis órdenes...

Halloway había retrocedido y se apoyaba sobre una de las armaduras embadurnadas de pasta marrón. No vio cómo la maza que pendía del brazo del antiguo guerrero se alzaba lentamente. Ni sintió nada cuando el pesado metal cayó sobre su cráneo y lo reventó.

Restalló un disparo cuando Giorgio intentó disparar contra aquella armadura, de cuyo interior salió un momento después el jefe «Ogro» Williams. Giorgio cayó al suelo y no se movió más. Pero Doleman, la señora Morse, el caballerizo y las doncellas optaron por dejar caer sus armas al suelo.

Porque, de repente, la hilera de caballeros medievales había tomado vida y en sus guanteletes de acero aparecían pistolas y revólveres.

A Tace le pusieron en pie prestamente cuando hombres del departamento penetraron en el vestíbulo y se llevaron a los «servidores» de *sir* Danton y a los desvanecidos hombres del Este.

Por una vez, «Ogro» Williams tuvo un rasgo de ternura. Miró hacia Tace con fijeza y dijo:

—¿De veras te hizo mucho daño, Tace? Me refiero a la patada de ese mariquita.

Hughes dejó escapar una carcajada.

Llegó una ambulancia que se llevó los cadáveres de Halloway,

de Holkovitch y de Giorgio. Los hombres de Williams arrastraban metódicamente a los pasmados agentes del Este y los cargaban en un coche celular sin excesivos miramientos.

Procurando no deslizarse sobre el resbaladizo pavimento, Tace se dirigió al office.

—¿Adónde va? —preguntó «Ogro» Williams, volviendo a su actitud normal.

—Voy a servirme una copa de *brandy*, jefe. Creo que la ocasión lo merece —respondió el exmayordomo.

—Quiero que viajes a Ciudad de El Cabo, Caroline —susurró Tace, que se vestía al borde de la cama.

La sobrina de *sir* Danton palideció.

—¿Quieres decir que... que piensas utilizarme como... como cebo de... esos criminales que obligan a... a inocentes jóvenes a... tragarse diamantes para... luego... destriparlos... salvajemente? —tartamudeó, despavorida.

Y se echó a llorar desconsoladamente.

Tace rodeó el locho, se sentó junto a ella, puso delicadamente sus enormes manos sobre los desnudos hombros y la acarició suavemente.

—¿Es eso lo que deseas de mí? —preguntó, Caroline, alzando sus llorosos ojos.

Tace dejó escapar una alegre carcajada.

—Por supuesto que no, prenda.

—Pero ¿has dicho... Ciudad de El Cabo? —balbució Caroline.

—Es nuestra escala hacia Australia y Asia —dijo Tace. Y el rostro de Caroline se relajó primero y resplandeció seguidamente.

—¿Quieres decir que... nos vamos de viaje? —Se atragantó la joven.

—Pues sí. De viaje de novios. Es decir —ahora fue el aplomado Hughes quién se ruborizó—, si tú estás de acuerdo.

Caroline dejó escapar unos sincopados grititos de gozo.

Luego, movida por un impulso irrefrenable se incorporó, saltó sobre el lecho, se abrazó a su exmayordomo y le besó de forma tan absorbente que Tace estuvo a punto de sufrir un amago de colapso respiratorio.

Una hora después, abandonaban el hotel.

Tenían esperándole el «Rolls» de *sir* Danton. Y algunas personas.

Entre ellas, además del doctor Maurin, estaban Michael Roos (apodado The Book), el jefe George «Ogro» Williams y su miope secretaria, Mildred O'Conry.

A propósito, «Ogro» Williams fue el último en felicitar a la pareja que partía hacia lejanos países en un prolongado viaje de novios.

Mientras los demás charlaban animadamente con Caroline, el jefe «Ogro» Williams llevó a Hughes aparte.

—¿Lo has pensado bien, Tace? —susurró el jefe del departamento—. Tienes un espléndido porvenir en el servicio de contraespionaje. Se lo dije siempre al imbécil de Halloway: tú eres mil veces más inteligente que él. Obtendría para ti el reingreso, oficialmente, y ascenderías en poco tiempo. Píen salo. Tace.

Hughes denegó lentamente con la cabeza sin que su semblante risueño se alterase.

—Dígame una cosa, jefe: ¿por qué dejó caer la maza con tanta tuerza sobre el cráneo de Halloway? —preguntó en un susurro.

—Porque unos cuantos canallas me tenían encañonado. Y porque Halloway no hubiera dudado en matarte. Y porque...

—¿Por qué usted también sospechaba de Halloway?

—Cierto. Pero...

—Pero jamás movió un dedo para abrir una investigación sobre él, a pesar de que Halloway había hecho diez veces más motivos que yo para separarle del departamento. Usted creía que él le sacaba las castañas del fuego, ¿verdad?

«Ogro» Williams asintió con amargura.

—Es cierto. Ya soy viejo y he perdido algunos reflejos. Además...

—Dejémoslo correr, jefe —dijo Tace, sonriente—. En esta vida, cada cual tiene lo que se merece. Yo me conformo con lo que tengo, Y no crea: me siento orgulloso de haberle ayudado con Holkovitch y su red de la Europa Occidental. Pero créame, ya estoy harto de hacer de héroe. Tengo algún dinero, una edad a propósito para ver las cosas claras y... En fin, una mujercita adorable. Dejemos las cosas así, jefe.

«Ogro» Williams se alejó lentamente moviendo la cabeza con pesadumbre. Luego Tace se reunió con el doctor Maurin y Michael

Roos.

Roos parecía un tanto emocionado.

—Vaya, señor Hughes —dijo, un poco embarazado—. Me temo que voy a perder un cliente. Dadas las circunstancias...

—¿Por qué? —Tace le palmeó la espalda con calor—. ¿No existen las llamadas de larga distancia? Seguiremos en contacto, Mike.

Abrazó al doctor Maurin con fuerza y luego Caroline y él se cogieron de las manos y se acomodaron en el interior del «Rolls». Tace besó a Caroline fugazmente en cuanto estuvieron en el coche, giró la cabeza a un lado y otro y murmuró, fascinado:

—Verdaderamente, no puedo creérmelo.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 45 PTAS.

